

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 124 - Septiembre de 2021 - Distribución gratuita www.universocentro.com.co

Especial drogado

M
Combo Prepago
Combo que vale \$20.000
2GB Minutos ilimitados
a todo operador
movistar



El siglo de las sombras

Al comienzo fueron los chinos y el opio y su parafernalia incomprensible. Una pipa, una lámpara y los juguetes necesarios. Era 1890 en Nueva York y las palabras comenzaban a sonar: *Yen tsiang*, pipa. *Ow*, tazón. *Yen hock*, aguja. *Yen dong*, lámpara. *Daw*, cuchillo. *San lo*, restos de opio para los adictos más necesitados. Los gringos llamaron a la pipa con una palabra que hoy es un soplo común: *joint*. En diez años los chinos en Nueva York pasaron de seiscientos a trece mil. Los fumadores de opio estaban en los sótanos y las trastiendas. Los chinos eran repudiados, pálidos y silenciosos. En su mayoría habían llegado a trabajar en la construcción de los ferrocarriles. Una empresa de tabaco de la época acompañaba con una cintilla su paquete de veinte cigarrillos: "Ninguno de estos tabacos ha sido tocado por manos chinas". Actores baratos, estafadores, apostadores sin mucha suerte comenzaron a sumarse a los salones chinos en Nueva York. Esa fiebre amarilla tenía que parar. A comienzos del siglo XX la cruzada antiopio creció desde Inglaterra donde en la Cámara de los Comunes se decidió que "el comercio indochino del opio era moralmente indefendible". Los fumadores se hicieron clandestinos en Nueva York y en 1911, los chinos, principales señalados y proveedores hasta la pena de muerte para quienes sembraran amapolas. El tratado de Versalles en 1919 obligaba a los ganadores a ratificar la Convención Internacional sobre Opio firmada siete años antes. Solo los médicos podían recetar y muchos terminaban perseguidos. Un año después solo cuatro médicos recetaban opio en Nueva York. Era el momento para los fumadores clandestinos, ahora no eran solo los chinos, las casas de opio ahora tenían pianos, cojines en los catres de consumo y largas cortinas. Para la prensa el opio era terrible y glamuroso.

Luego llegaron los negros con su hierba del campo a las ciudades. La prohibición del alcohol la había convertido en una preferida. El alcohol caro y dudoso fue reemplazado por la marihuana consumida en los "cuartos de té". En la década del treinta había quinientos cuartos de té en Nueva York: "Fue un cambio de leyes, y no un cambio de la naturaleza humana, lo que estimuló la comercialización de la marihuana para consumo recreativo en Estados Unidos", escribió un académico norteamericano en 1972. Y como si fuera poco llegaron los mexicanos. Entre 1915 y 1930 llegaron quinientos mil mexicanos a Estados Unidos. Otra "plaga" ligada a la marihuana. En ese mismo lapso diecinueve Estados dictaron leyes contra la hierba, ente ellos California y Colorado, las potencias cannábicas de hoy. En 1924 en Texas todavía se conseguía marihuana en las farmacias. En una entrevista un farmacéuta describió a sus



Los fumadores en Java. Page & Woodbury. Instituto Real Neerlandés de Estudios de Asia Sudoriental y el Caribe, 1867.

clientes: "Mexicanos, negros y choferes y esos blancos de clase baja que se aficionan a las drogas adictivas y vagabundos del hampa". Los periódicos ingleses hablaban del hachís como "una droga enloquecedora para quien la quiera" y en 1924 Egipto y Estados Unidos proponían ante la Sociedad de las Naciones incluirla en la lista de drogas peligrosas y penalizar con severas sanciones su consumo. En la Conferencia de Ginebra sobre el opio (1925) las grandes potencias aprovecharon para prohibir la importación y exportación del cáñamo indio salvo para fines médicos.

La coca vino de la mano de los laboratorios. Parecía inofensiva, era apenas un remedio menor. No tenía la escena del opio y la prensa no se ocupaba de sus mitos ni sus demonios. Según Luc Sante, en su mitología de Nueva York, a finales del siglo XIX se conseguía por un precio ínfimo en las boticas y era el polvo preferido de los pobres. Estaba en los consultorios de los dentistas, en las vitrinas de las farmacias y en los utensilios de trabajo de los estibadores de Nueva Orleans, los obreros en sus campamentos de construcción y la mano de obra en algunas haciendas. En los campamentos mineros se vendía cocaína. También algunos médicos, comerciantes y abogados en las ciudades comenzaban a aficionarse pero con algo más de estilo: los trabajadores esnifaban y ellos se inyectaban, ahí estaba la gran diferencia. Pero pronto la prensa comenzó a hablar de negros

"cocainizados, antes inofensivos y respetuosos de la ley" convertidos en abusadores sexuales. La coca era negra y pobre, al menos cuando no se acompañaba de una jeringa. En Estados Unidos las farmacias dejaron de vender por criterios raciales y de rango social. Y más tarde el Estado de Nueva York prohibió su distribución en leyes de 1907 y 1913. Faltaba poco para la prohibición internacional en las convenciones internacionales. Holandeses y alemanes contaban la producción de cocaína y se oponían a la prohibición impulsada por Estados Unidos e Inglaterra.

La guerra contra las drogas tiene un siglo de firmada en acuerdos internacionales. En 1920 la Sociedad de las Naciones asumió el control y la regulación mundial. Estados Unidos había impulsado el "noble experimento de la prohibición" firmado en la Convención de La Haya por doce países. En 1934 ya la habían ratificado 56 naciones. El miedo y la moral fueron dictando la receta. Para muchos el idealismo gringo, puritanismo en últimas, marcó ese impulso. La prensa y sus escándalos fue gran aliada de la cruzada mundial para limpiar el mundo. Las críticas a esa idea adicta a los policías, los fiscales, las cárceles y los burócratas puritanos también se han repetido durante un siglo.

Los chinos hablaban de imponer su voluntad sobre la política de drogas en todo el mundo. Hace unos días Colombia recibió su certificación de buena conducta de los gringos en su lucha

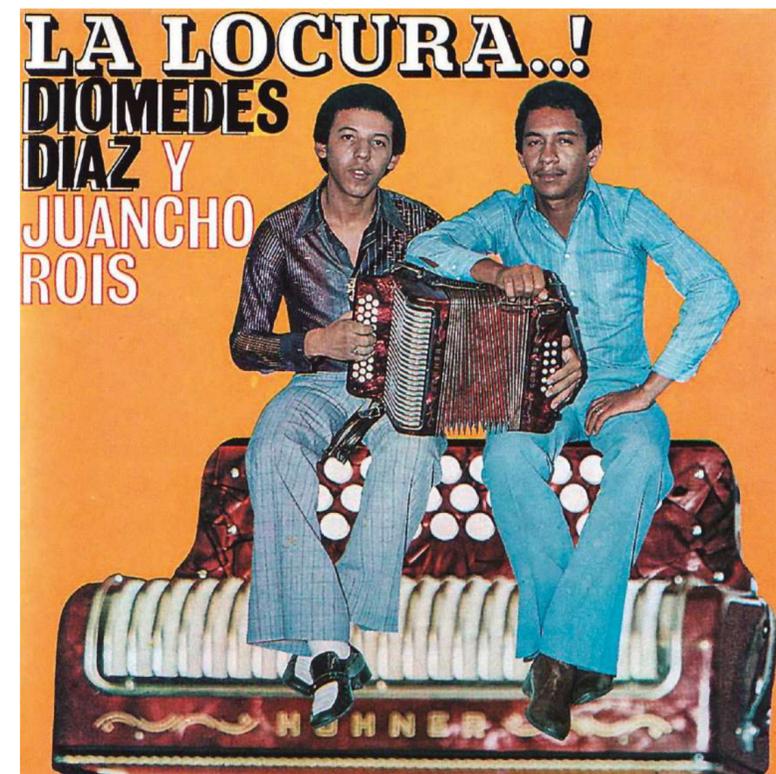
contra la coca. Una comisión especial de la Sociedad de las Naciones para tratar el tema dijo que el "problema de las drogas estaba atrapado en la maquinaria cotidiana" de esa organización. La ONU discute el tema cada año y se traducen los discursos pero no los fracasos y las condenas absurdas a decenas de países. En su momento (1923) Paul Valéry lo dijo muy claro desde una orilla lejana al compromiso político: "Europa será castigada por su política, será privada del vino, de la cerveza, de los licores y otras cosas (...) Europa aspira a ser gobernada por un comité norteamericano". Walter Dixon, consejero de la Sociedad de las Naciones sobre el tema de la adicción soltó hace un siglo lo que hoy se repite en foros médicos y jurídicos: "La razón principal del fracaso es que no se toman en cuenta las causas de la adicción; el drogadicto es considerado un delincuente, igual que el demente en la Edad Media".

Pero quizá el que mejor describe ese largo delirio, esa alucinación puritana que cumple cien años, es un simple médico inglés que visitó Estados Unidos en 1925 y quedó aterrado con los titulares de la prensa y la histeria de los políticos: "La exageración es el arma de los maniáticos".

* Este editorial toma sus notas, sus ideas y sus citas de los libros *La búsqueda del olvido* de Richard Davenport-Hines; y *Bajos fondos, una mitología de Nueva York* de Luc Sante.

MARIMBEROS Y PARRANDEROS

por LINA BRITTO



De lejos, el funeral de Chijo parecía carnavales. Una multitud de gente recorría la Primera, la avenida paralela a la playa en Riohacha, acompañados por músicos que en el cementerio darían una serenata de corridos y vallenatos. Durante las noches de la novena, algunos susurraban que los muros entre las bóvedas tuvieron que ser tumbados para acomodar el ataúd sobredimensionado de Chijo, el cual había sido donado por su compadre Lucky, quien también lo había ayudado a entrar al negocio de la marihuana a finales de los años sesenta. El rumor aludía al irónico paralelo entre lo que pasó con las bóvedas del cementerio y lo sucedido durante una de las parrandas más inolvidables que Chijo ofreció en San Juan del Cesar. En medio de la fiesta, Chijo prometió comprar el título de la casa del lado para luego mandar a demoler las cercas que separaban ambas propiedades. Su lógica era sencilla: se necesitaba más espacio para acomodar a todos sus invitados.

Por sucesos como la mítica parranda en San Juan, su sentido del humor y su capacidad narrativa, Chijo era reconocido como uno de los marimberos más graciosos y generosos de los tiempos de bonanza. En una serie de casetes de sesenta minutos en los que Chijo grabó su historia de vida antes de morir en un hospital de Barranquilla aquejado de múltiples complicaciones asociadas a su diabetes y obesidad, se puede escuchar el deseo de transmitir los rasgos de su personalidad que lo hicieron famoso y hacerles un tributo a sus compadres. El resultado suena como una canción de vallenato: Chijo improvisa cada fragmento basado en recuerdos específicos, reflexiona sobre los momentos más significativos a través de figuras retóricas complejas, adorna las personalidades de sus amigos con el uso de analogías poéticas, traza genealogías de familias y compadrazgos y reconstruye anécdotas en relación con el paisaje que habitaban, usa animales domésticos y salvajes como metáforas para sentimientos y necesidades y narra en un tono evocador

en el cual lo que se afirmaba explícitamente resulta secundario ante la nostalgia del recuerdo.

A finales de los años sesenta, la vida de Chijo cambió dramáticamente, al igual que la de miles de hombres de su generación, cuando entró a ser parte de las redes incipientes de contrabando de marihuana que operaban en el Magdalena Grande. Así como dinero, estatus y fama le llegaron de repente, así mismo se desvanecieron en el aire: "Qué linda oportunidad la vida, se esfumaron, se fueron, como los vientos huracanados", lamentó Chijo en el único segmento de los casetes sobrevivientes en los que habló de su efímera prosperidad. Y como "vientos huracanados" se vivió el auge de la marihuana en Colombia durante los años setenta, volcando patas arriba a las gentes del Magdalena Grande y dejando devastación.

El negocio de exportación ilícita de marihuana echó cimientos en esta región del país sobre la base de una economía de contrabando de siglos, la cual había sido transformada en distintas

coyunturas a lo largo del siglo XX por los esfuerzos siempre incompletos por parte del Estado para modernizar la nación. Además de causas locales y regionales, el auge de la marihuana en Colombia también fue resultado de la política hemisférica de los Estados Unidos y su capítulo antinarcóticos. A principios de los años setenta, cuando la llamada "guerra contra las drogas" de Richard Nixon buscó interrumpir las cadenas de suministro de drogas proveniente de México, el tráfico naciente de marihuana que tenía lugar en varias regiones de Colombia se convirtió en un nuevo sector de exportación, particularmente en el Magdalena Grande.

Esta nueva economía tuvo su centro en la península de La Guajira y en la vecina Sierra Nevada de Santa Marta, llegando a su clímax a mediados de la década del setenta y ofreciendo movilidad social, urbanización y reconocimiento a un sector creciente de la población local, especialmente hombres de clase baja rural y urbana que habían estado esperando en vano que las élites regionales y el gobierno nacional cumplieran sus promesas de modernización. Popularmente conocidos como marimberos, estos intermediarios que compraban a cultivadores para vender a exportadores constituyeron el enlace más importante de la cadena del negocio. Fueron ellos quienes, resolviendo la logística, el transporte y la seguridad de las actividades marimberas hicieron posible la primera bonanza de las drogas en nuestro país.

Llamados *mitios*, *corronchos*, *cáncamos* o *pata-pintá*, estos hombres jóvenes de comunidades rurales que encontraron empleo en el negocio de la marihuana no solían ser bienvenidos en pueblos y ciudades, algo que con el tiempo jugaría un papel importante en su deseo de reconocimiento y estatus una vez lograron ascenso social. Carlos, oriundo de Las Flores, una de las primeras veredas de la Sierra Nevada de Santa Marta en donde se cultivó la variedad de exportación conocida como Gold o Golden, recuerda que cuando se fue a vivir a Riohacha para estudiar en el liceo, él y sus vecinos fueron rechazados: "En el colegio veíamos la discriminación, nos inventaron apodos, mitios, corronchos, tú sabes que los mitios son los que no están civilizados, nos gritaban en las calles, mitios, los mitios, por todas partes". Cuando hizo su primer negocio con marihuana, Carlos recuerda: "Me enloquecí, me transformó la vida enseguida, cambié, yo estaba mal, ya compré reloj, compré esto y aquello".

Inseguridad, orgullo y resentimiento fueron emociones claves tras los esfuerzos de los marimberos por conquistar el mundo urbano con las ganancias obtenidas del negocio ilegal. Este afán de desquite les dio un toque hiperbólico a las acciones públicas y privadas de quienes estaban involucrados en la bonanza, un

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 124 - Septiembre 2021

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com.co

rasgo distintivo del estilo de vida extravagante con el que los marimberos se abrieron campo dentro de la clase comerciante regional. Carlos dice: “Nosotros los parábamos bolas [a las élites locales] en la época en la que no tuvimos plata, pero yo en el momento en el que tuve plata me atreví a enamorarme, a salir con chicas de ellas [...] en la madrugada las dejaba [en la casa] y les ponía el pasacintas pa que supieran, porque ahí venía el machismo, porque yo andaba con la plata en el bolsillo, yo llegaba a lo macho, pa que al papá le diera rabia”. Chijo observó que “el que tiene plata no corre miedos y si le da miedo es porque la plata no es de él”.

Aún circulan en la región sus historias de extravagancias y excesos. Que prendían cigarrillos con billetes, que decoraban árboles de Navidad con dólares en vez de bolas de cristal, que se bañaban con colonia Roger & Gallet Jean Marie Farina, que se vestían con ropa de marca y usaban zapatos italianos, que conducían camionetas Ford último modelo en rodeos motorizados hasta que carrocería y chasis terminaban destruidos, que llevaban pistolas al cinto y andaban con actitud desafiante, por lo cual los apodaron *culo-pullú*, como si la pistola fuera su agujón, que apostaban en peleas de gallos con costales de pesos o dólares que se pesaban para ahorrarse la engorrosa tarea de contar cada billete.

Pero ninguna de estas señales de estatus podía competir con el reconocimiento máximo que era parrandear y codearse con artistas vallenatos. Como hicieran los ganaderos en su transición a algodoneros durante los años cincuenta y sesenta, los traficantes ilícitos de marihuana de los setenta usaron el vallenato y la parranda como escenario para forjar una imagen de ascenso social y masculinidad honorable. En vista de que el respeto por las redes y zonas de influencia de los otros era la garantía de negocios pacíficos, en dichas parrandas, los marimberos atenuaban la rivalidad potencial en la que vivían y trabajaban, cultivaban relaciones estrechas con los artistas vallenatos y presumían de su nuevo estatus. En este sentido, la parranda cumplía dos funciones aparentemente contradictorias. Por un lado, era una arena en la que los marimberos exhibían sus capacidades para convocar recursos sociales y económicos y reconocían jerarquías entre ellos. Por otro lado, era una válvula de escape con la que desviaban la competencia de la esfera comercial, donde las confrontaciones podrían ser mortales, hacia la esfera sociocultural, donde las tensiones se ahogaban en whisky y canciones, y así se disipaban.

Con ese sentido del humor agudo que lo caracterizaba, Mantequilla, quien junto con su hermano Lucky lideró una red famosa de tráfico de marihuana, recuerda que “durante la bonanza a mí me dieron síntomas de cirrosis, porque bebía un día y los otros catorce también”. Como notó el médico y ensayista Guillermo Velandia, amigo y doctor personal de un famoso marimbero quien murió también por complicaciones relacionadas con diabetes y obesidad: “En las parrandas era donde uno notaba quién era quién”. O como dijo Chijo en referencia a su suntuosa casa en San Juan del Cesar, recordando cómo se sentía en sus años de gloria: “Luchando esa vida como un toro en medio de un redondel defendiendo su casta, su clase”.

La parranda era el espacio donde marimberos y artistas del vallenato se encontraban y donde se mezclaban sus trayectorias e intereses. Parrandeando, ambos sectores hacían gala de su talento y de esta manera cimentaban amistades y compadrazgos. Puesto que los compositores tenían el don de la creación, los marimberos cultivaban

relaciones con ellos con especial cuidado. El papel principal de estos artistas en las parrandas vallenatas era improvisar versos y competir entre ellos bajo el formato de la *piquería* —el equivalente a una pelea de gallos entre repentistas, en la cual cada uno intenta desacreditar al otro con rimas recurrentes.

Muchas de las canciones en honor a los marimberos surgieron de estas rondas de improvisación. El compositor Sergio Moya Molina, quien junto con Máximo Móvil y Hernando Marín conformó el llamado Trío de oro famoso por sus composiciones y su *piquería*, describe cómo después de una ronda de improvisación, invitados y anfitriones escogían las canciones para grabar, seleccionando tanto a quien tocaría el acordeón como al cantante, y discutiendo cuál sería el mejor sello discográfico. Al final de la parranda los marimberos les pagaban a los artistas por su servicio en especie o en efectivo, “algunas veces en dólares cuando no tenían tiempo de cambiar”, recuerda Moya Molina. Una vez que el álbum estaba en venta, los marimberos compraban grandes cantidades de discos y casetes para regalar a familiares y amigos, inflando las ventas. Con estos tres mecanismos —patrocinio financiero para grabaciones y giras, pagos exorbitantes por sus servicios y compras masivas— los marimberos crearon un mercado para los compositores, el cual no existía antes, y ampliaron el mercado existente para los músicos; “ellos subieron nuestros precios, y las disqueras tuvieron que empezar a pagarnos mejor”, señala Moya Molina.

Además del patrocinio, parrandeando compositores y músicos encontraban inspiración en las personalidades y estilos de vida de los marimberos. Por eso se cuentan por docenas las canciones

que en los años setenta y ochenta enaltecían a los traficantes de marihuana. El compositor, productor y presentador de radio Lenín Bueno Suárez constata que el patrocinio marimbero comenzó durante el pico de la bonanza a mediados de los setenta, cuando, a cambio de saludos con nombre y apellido en medio de coros o estrofas, los artistas comenzaron a recibir aportes económicos para grabaciones y otros gastos. Institucionalizados en la jerga radial con la palabra en inglés de *payola*, dichos pagos se convirtieron en un rasgo distintivo del mercado del vallenato de los años del auge. Sin embargo, es importante aclarar que pese a que las *payolas* eran un componente indispensable de la relación entre marimberos y artistas, muy a menudo los saludos y homenajes también eran el resultado de la admiración y el cariño sinceros por amigos y compadres. Por ejemplo, en *Soy parrandero* y *qué*, Bueno Suárez resalta los aspectos idiosincráticos de Lucky, el compadre que le ayudó a Chijo a entrar en el negocio:

¡Ay, no joñe!
No me importa qué diga la gente
Que yo soy un borracho perdido
Solo quiero que tengan pendiente
Que trabajo y que a nadie le pido
Soy parrandero y qué
A nadie le importa
Yo soy Lucky [...], oiga
A nadie le importa
Si hago mi parranda es porque
la vida es bien corta.

Bueno Suárez reconoce que Lucky nunca le pagó y no tendría por qué, “porque el personaje merecía eso [por ser] un amigo, un pariente nuestro, que siempre estaba metido en lo que era la música vallenata, atendía muy bien como anfitrión a los grupos vallenatos, un folclorista a morir, un gran elemento”. Esta canción se convirtió en uno de

los grandes éxitos de Bueno Suárez y sigue siendo un clásico de la parranda en la región.

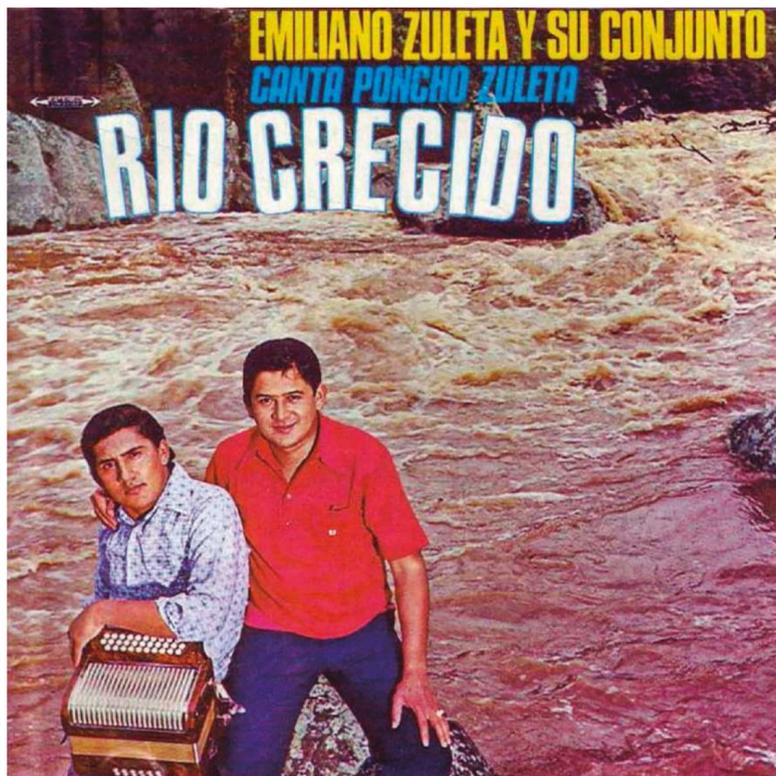
En otro ejemplo, Hernando Marín, otro miembro del llamado Trío de oro, honró al famoso Gavilán Mayor, un marimbero que controlaba una zona dedicada al transporte aéreo, en una canción del mismo nombre. En ella, Marín logró naturalizar los rasgos más problemáticos de su amigo marimbero en cualidades de la cultura machista, sin olvidar satisfacer a una audiencia general con una canción que conservaba el estándar de las metáforas del vallenato.

Yo soy entre las aves el más volador
Porque en las alas tengo más poder
Porque cargo mi pico con disposición
Pa el que me quiera jugar una traición
Y con mis garras me sé defender.
Yo soy El Gavilán Mayor
Que en el espacio soy el rey.

Otro ejemplo lo constituye *El marimbero*, una canción compuesta por Romualdo Brito e inspirada en un traficante conocido como Pocholo, a quien saluda en medio de las estrofas, y que grabaría la superestrella puertorriqueña Daniel Santos, a modo de charanga vallenata. Aquí, Brito asocia la figura y la carrera de Pocholo con las tradiciones de autosuficiencia y autonomía de la región guajira respecto al Estado central y sigue los estándares de la crítica social y la protesta propios de cierto estilo del vallenato.

Hoy me llaman marimbero
Por cambiar de situación,
Sin saber que yo primero
Fui gamín y pordiozero
Sin ninguna educación [...]
De nada que avergonzarme
Pueden con gusto llamarme
Marimbero y ricachón.

La parranda se convirtió en un espacio clave para el intercambio de favores y la negociación de las jerarquías



complejas sobre las que se cimentaban las relaciones entre hombres dentro de esa esfera social. La parranda les permitió a los marimberos desplegar su masculinidad de acuerdo con sus capacidades financieras y sociales para convocar invitados y contratar artistas de alto perfil, y su capacidad física para beber y comer excesivamente durante un tiempo prolongado, ya que solo los más fuertes, más determinados y más comprometidos con el ideal del amor fraterno podían aguantar hasta el final. Como dice el coro de una de las composiciones más famosas de Bueno Suárez, “la parranda es pa amanecer / al que se duerma lo motilamos”. Basados en el ideal del “sentimiento vallenato”, un anhelo incesante del hombre por “el estímulo de todas las cosas bellas en la vida, en la naturaleza”, en palabras del historiador Tomás Darío Gutiérrez, los marimberos construyeron una imagen pública de sí mismos como comelones, bebedores, mujeriegos y amigos fieles hasta la muerte. En *La celosa*, canción internacionalmente aclamada del compositor Moya Molina, este recuerda haberse inspirado en sus amigos marimberos para escribir un éxito comercial que revela con gran humor la lógica imperante en el momento:

Cuando salga de mi casa
Y me demore por la calle
No te preocupes, Juanita.
Porque tu muy bien lo sabes
Que me gusta la parranda
Y tengo muchas amistades.
Y si acaso no regreso por la tarde
Volveré al siguiente día en la mañana.

Con el vallenato y en parrandas, los marimberos marcaron el comienzo y el final de cada ciclo de exportación de marihuana. En las parrandas, los marimberos encontraron un lugar legítimo para desplegar su audacia, recursividad, generosidad, solidaridad y

reciprocidad entre compadres, principios esenciales para la acumulación de capital social y económico desde abajo. Las parrandas actuaban como el adhesivo que mantenía unida la visión colectiva de progreso y movilidad social que el negocio ilegal prometía. Similar a los ganaderos-algodoneros de las décadas previas, los marimberos utilizaron el vallenato como caja de resonancia para amplificar una imagen idealizada de sí mismos al nivel local y regional, mientras que utilizaban el éxito en su empresa capitalista para nutrir dinámicas sociales no capitalistas, basadas en el prestigio, el compadrazgo y la reciprocidad en lugar de la productividad, la competencia y la rentabilidad.

Con su patrocinio económico y moral, los traficantes de marihuana aceleraron la mercantilización del vallenato, financiando la segunda edad de oro de dicha música, la cual se caracterizó por letras y rutinas más urbanas y fáciles de comercializar. Al respecto el compositor Bueno Suárez asegura: “Empecé a mirar el vallenato no como un canto de vaquería, con un perfil rural, ya el vallenato iba a dejar de ser el vallenato del campo para venirse a la ciudad”. La nueva camada de músicos, compositores y productores que surgió en parte gracias a los marimberos hizo de los vaivenes de la migración a la ciudad y el proceso de urbanización de la región sus temas más inspiradores dándoles voz a las ilusiones y frustraciones de toda una generación venida desde abajo y desde el campo. Fuentes de inspiración como el trabajo agrícola, el clima, las aventuras amorosas pueblerinas y los sucesos provincianos fueron perdiendo terreno y en las letras se abrieron paso las aventuras ciudadanas, la vida estudiantil, la profesionalización, los viajes y el consumo conspicuo. La profesora Marina Quinteiro, una de las autoras más reconocidas

del estudio del género vallenato, afirma que versos como “salí preocupado / pa la gran ciudad / yo venía del pueblo / trayendo en mi pecho / aquellos recuerdos que no volverán, tienen una gran importancia histórica; solo aquellos que vivieron eso, llegar a la ciudad desde un pueblito, pueden entender la despersonalización, el ir del cara a cara al yo no existo”, sobre eso eran todas esas canciones”.

Con el cambio de temáticas, cambia la música misma. El etnomusicólogo y músico de vallenato Roger Bermúdez explica que la generación de artistas de los años setenta usaba “las melodías estándares que le daban una identidad al vallenato”, las cuales habían sido creadas durante las primeras fases de comercialización en las décadas del cuarenta y cincuenta, para “alargar las introducciones, los preludios, los interludios, las colas y las frases” y con estas modificaciones “las canciones de vallenato explotaron más el sonido del acordeón, su tono; se volvieron más rítmicas”. Los sellos discográficos establecidos en Barranquilla y Medellín, dos de los grandes centros del desarrollo capitalista en Colombia, rápidamente adaptaron sus productos a los nuevos tiempos e introdujeron guitarras eléctricas, bajos, baterías y coristas para hacer que el vallenato sonara más urbano y comercial. Aparte de esto, con la popularización de los *longplay* y casetes, el vallenato se volvió portátil, vinculando extensas zonas geográficas, puesto que los conjuntos no tenían que depender de la radio o las parrandas privadas para difundir su música. En la medida en que el vallenato se volvió más rítmico, más alegre y más portátil, nació un nuevo estilo de entretenimiento masivo: la *kzta* (casete). Como lo describe el periodista Enrique Herrera Barros, esos escenarios ambulantes “son fáciles de

armar, entierran unos troncos, le ponen zinc alrededor, hacen unas tarimas y ahí se suben los cantantes y los acordeoneros [...] terminó la noche, cargaron en un camión y salieron pa otra parte a hacer el mismo montaje”.

Se podría pensar que este vallenato urbano y comercial que era en gran medida resultado del estímulo marimbero pudo haber entrado en una relación de choque con el Festival de la Leyenda Vallenata y su canon folclórico. Pero el papel de los marimberos dentro del desarrollo de esta música nunca fue incompatible con la agenda de los ganaderos-algodoneros, en gran medida porque los primeros nunca entraron a disputar el poder político o social de los segundos. Al contrario, los reconocieron y se fusionaron. Como nueva élite agrícola y comercial —aunque ilegal— los marimberos de los años setenta venían al festival y hacían sus parrandas de alto perfil como parte del universo social y el territorio cultural al cual pertenecían y se adherían con lealtad. Mantequilla recuerda, “que Valledupar tiene festival”, y nos íbamos pa Valledupar con el Chijo, muchos compositores y folcloristas y nos los pegábamos [bebíamos] con ellos, tres cuatro días y volvíamos, y así, esa era la farándula que llamaba uno”. Como lo sintetizó un corresponsal bogotano de la *Revista Alternativa* haciendo reportería en Valledupar en 1978, “el Festival de la Leyenda Vallenata es para que los ganaderos vendan el ganado, los sellos promuevan sus ventas, los políticos saquen su pedazo y los mafiosos intercambien saludos”.

A pesar de las múltiples maneras en las que los marimberos ayudaron a hacer del vallenato el género musical comercial número uno en Colombia, promovido y celebrado como ningún otro, hoy en día este se presenta como un patrimonio sagrado de la nación, immaculado en su trayectoria histórica, acalladas sus complejidades y contradicciones. Tiene sentido. Para el país andino que conoció a los marimberos como fugitivos de la llamada “guerra contra las drogas” iniciada en la región en 1978, los marimberos no representaban la “rebeldía” propia del sentimiento vallenato, aquella que Consuelo Araújo Noguera, una de las precursoras del festival y autora fundacional de los estudios vallenatos, definió como “expresión del espíritu y de la mente antes que como real insubordinación o subversión contra el ‘establecimiento’”. En lugar de ser campesinos humildes viviendo pacíficamente en la pobreza y el hambre, los marimberos eran hombres ricos, ostentosos, atrevidos y muchas veces violentos y peligrosos, a quienes las fuerzas militares colombianas, en alianza con los Estados Unidos, persiguieron como enemigos de Estado. Pero lo cierto es que estos pioneros del narcotráfico ayudaron a dar forma a la ideología, práctica y representación de la cultura nacional. Sus estilos, aspiraciones, valores y sueños siguen vivos, marcando el ritmo de nuestra historia. ⁶²

* Este artículo es un extracto del libro *Marijuana Boom: The Rise and Fall of Colombia's First Drug Paradise* (Oakland: University of California Press, 2020). Una versión más larga y en español saldrá publicada próximamente en Giovanni Molano, ed., *América Latina en la guerra contra las drogas* (Bogotá: IEPRI-Fescol, 2021).

Mentira, realidad y deseo:

las mujeres del
8 – 8 – 8

Me miento cada día. Elijo ignorar algunas verdades para mantener la esperanza. Sé que una vida totalmente dirigida por la verdad no es sino un camino hacia la locura. Aunque mi caso no sea grave, uso la estrategia de Leonard Shelby en *Memento*: con su falta de memoria de corto plazo y su incapacidad para crear recuerdos nuevos, decide a cada instante ir adaptando sus vivencias, inventando certezas falsas y aferrándose a ellas para no desistir. Eso fue lo que me pasó al ver estas mujeres. Me mentí, sentí algo hermoso y quise volverlo real, quise inventar la verdad porque estaba muy cansado para buscarla. Ustedes, ¿se están mintiendo también? Es necesario mencionar estas cosas: el año de la foto, la causa que apoya, lo escrito en el negativo y quiénes son ellas.

1920

Finaliza la Primera Guerra, se crea la Sociedad de las Naciones, emerge el surrealismo, Gandhi llama a la desobediencia contra el imperio británico, Unamuno escribe contra la monarquía en España, Duke Ellington brilla en los cabarés, el voto femenino se aprueba en Estados Unidos. Incluso en Colombia todo estaba dado para el cambio, estallaron huelgas obreras y las feministas plantearon algunas de sus peticiones: poder ir calzadas al trabajo, salario igualitario, finalizar los abusos incluso sexuales en fábricas y haciendas.

8 – 8 – 8

“8 horas de trabajo, 8 de recreación, 8 de descanso”, una propuesta para reducir las jornadas esclavizantes de trece, catorce y hasta quince horas durante la revolución industrial, una propuesta planteada en 1817 y aprobada en Estados Unidos en 1868 pero que comenzó a ejecutarse realmente en 1886. En Colombia se demoró hasta 1934. Esa es la causa que apoya esta bandera.

zeravLÁ ocitsálocSE

Usando un espejo se lee “Escolástico Álvarez”. No se sabe si era comerciante, sindicalista, amigo, padre de alguna de ellas o simplemente la persona que pagó por la foto... Al lado dice “2017 c130”: son el número del negativo y la caja donde se guardó. La fotografía fue tomada por Melitón Rodríguez, quien comenzó retocando negativos en el negocio de su hermano, la Sociedad Fotográfica Cano y Rodríguez, para luego asumir el rol de fotógrafo principal.

Tres desconocidas

Las imaginé como heroínas gritando consignas, las soñé marchando por las calles entre ríos de gente, me vi escribiendo una historia épica para que sus logros no siguieran ocultos, pero la verdad es que quizá simplemente posaron. En palabras de Jackeline García Chaverra y Gabriel Meneses, funcionarios del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto, en ese entonces “eran comunes las puestas en escena”, “a las mujeres se les pagaba por posar, como tantas veces lo hicieron las modelos desnudas en los daguerrotipos de 1840”, “en la imagen se ven los telones”, “Melitón usaba mucho esa técnica”, “intentaron borrar el asta de la bandera”... Todo sensato y sin especulaciones, porque “el análisis de la imagen se deposita en la fuente primaria, lo que dejó indicado el fotógrafo”, quien sobre ellas no dijo nada.

Así que elijo mentirme

En la Colombia de 2021, de inequidad intensificada por la pandemia, de protestas y bloqueos en las calles, en la Colombia sin líderes que nos guíen, me miento para dejarme inspirar por esa imagen, me miento para creer que las luchas que hemos dado han valido la pena, me miento aferrándome a otras posibilidades, como la de Paula Urrego Sánchez, historiadora y analista de la BPP, al afirmar que “Rodríguez fue más allá de la creación de ficciones para burgueses preocupados por su imagen, retratando a personajes diversos, incluso marginados, indígenas y afro (...), dejando una obra que es fuente de información primaria sobre las costumbres, hábitos y realidades, que es ejercicio artístico que rompió con los estereotipos y tradiciones de la imagen fotográfica análoga”. Elijo intuir la

sensibilidad de Melitón, elijo creer en estas tres mujeres, elijo ignorar que no hay pruebas concluyentes, elijo sentir con el deseo y convertirlas en heroínas impulsando una causa con su presencia, elijo crear ese recuerdo y moldearlo al ponerles pancartas, elijo cerrar los ojos para verlas avanzando mientras lanzan gritos de protesta, elijo escribir para que su causa no siga siendo invisible y mucho más ahora cuando la conquista de 8 – 8 – 8 está perdiéndose de nuevo: con la pandemia y las tecnologías de información la jornada laboral pasó de 48 horas a ser un *loop* infinito de correos electrónicos, citas en el Calendar y notificaciones de WhatsApp. Pero venceremos de nuevo, lo sé. También sé que me estoy mintiendo otra vez y que una vida totalmente dirigida por la verdad no es sino un camino hacia la locura. ©



“Escolástico Álvarez”. Melitón Rodríguez, 1920. Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

27 mil

soluciones
de vivienda
financiadas

en 120 municipios del país



Familia Martínez,
propietaria en Siembra.

Con nuestro acompañamiento, **tú también puedes dejar de pagar arriendo** y convertir ese gasto en la inversión más importante de tu vida.

¡Pásate, pásate, pásate!

Llámanos ya, para asesorarte con la verdad.

Línea confiable: 60 4 444 10 20

Conoce **nuestros proyectos de vivienda** en

www.confiar.coop

La diferencia está en confiar

confiar
coop

Pichón de diablo

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN • Ilustración de Laura Ospina Montoya

Das semanas después de su encuentro con el doctor y en función de su nuevo empleo fue a recoger a casa de su abuela tres pares de zapatos, dos pijamas, un atado de camisas y pantalones y cuatro trajes con sus corbatas. La ropa, herencia de un tío que había fallecido hacía poco y un primo recién casado que había renovado su clóset, le servía para el día a día laboral, la mayoría de sus prendas todavía eran deportivas, trajinadas, con historia, como si negarse al vestido formal le garantizara la juventud y la gracia eterna. En la sala, cuando varios familiares se terminaban de repartir el botín, Mauro se encerró en el cuarto de huéspedes para medirse sus nuevas vestimentas, pero ante la presión de Mercedes y otras tías para que desfilara tuvo que salir cada vez que se cambiaba de muda. Hay que mandarle coger el ruedo, Las mangas del saco le quedan grandes, Se va a lucir, Se nota que es prestada, Qué papacito, Con una camisa clarita le combina bien, Hay que cogerle de cintura, fueron las expresiones que tuvo que escuchar de sus variopintos familiares. Tiene que ir bien vestido, siempre de corbata, insistían, y entre todos recogieron trescientos mil pesos para que completara la herencia con ropa de empleado serio, Vaya a Everfit Indulana, mi amor, allá venden cachacos muy buenos. Pero Mauri, los viernes podés ir sin corbata, más sport, le dijo una prima mayor ya curtida en las aguas del sector público como para darle una buena noticia.

La mamá de Mauro observó al modelo medirse la ropa y se limitó a aprobar los comentarios, Sí, Ajam, Bien, Sí. Sabía que su hijo estaba achicopado, que odiaba vestirse así, que el nuevo trabajo lo atormentaba. Sin embargo, con la crueldad que nos asiste para los seres más amados, y también para estar a tono con la sensación que flotaba en el ambiente, le dijo a hurtadillas a su hermana Mercedes, ¡Se ve hermoso con esa ropa!, asegurándose de que Mauro oyera. Él conocía bien estas agresiones y en venganza se despidió antes de tiempo con un pico de alacrán, sin tomarse la tradicional sopa de arroz con la excusa de tener que ir a hacer vueltas para poder posesionarse.

Salió a pie de El Poblado y caminó hasta Barrio Antioquia con botas de siete leguas, Qué luquiada tan hijeputa, pensaba durante el trayecto y cada tanto palpaba el bultico de billetes que llevaba encaletado en el resorte del calzoncillo. En el barrio, en la misma cuadra legendaria donde el tío Gabriel mercaba pacos de marihuana envueltos en tubos de papel periódico, compró un proveedor con diez baretos de cripi, una variedad más potente que estaba desplazando el moño de toda la vida. Mauro había visto desde su infancia



que el barrio era la plaza oficial de la ciudad con la venia de las autoridades y cuando iba de niño a acompañar al tío, que trabajaba en el F2, se sentía seguro, pero ahora no solo le parecía un lugar tranquilo sino que le encantaba pasearse por la avenida principal, sembrada de negocios, ver las caras de las gentes, sentir cierta vitalidad tensa pero pacífica. A sus compras añadió una cajita de cueros quitacalzones, como los llamaba un amigo, papel de arroz para liar con sabores a uva, coco y piña muy propicios para endulzar las trabas amorosas. Antes de continuar su camino entró a El montañero, un granero de paredes naranjadas que tenía dibujado en su fachada un campesino altanero de poncho, sombrero y carriel, machete arriba, listo para decapitar al que se atravesara. Sediento se bogó una cerveza y compró un encendedor y dos

frascos de aceitunas criollas que nunca hubiera esperado encontrar allí.

Durante los días siguientes el futuro funcionario estuvo a media caña o borracho, dedicado a la fiesta y al esparcimiento con diferentes amistades. Metió perez hasta que los cornetes se le irritaron y a partir de ahí pidió a sus amigos que le dieran escopetazos, una modalidad inspirada en indígenas ancestrales para absorber el pase a través de las mucosidades bucales después de que alguno soplara con fuerza. El sábado a mediodía, cuando trataba de calmar la tembladera con un caldo de pescado que cocinó Kike, volvió a pensar en el organismo y quedó con la mirada perdida, dilatada, frente al consomé lechoso y humeante. Estás trapiao, dijo con voz cremosa otro pana que había amanecido en la casa. Y lo que falta, contestó Mauro afónico, con los ojos en

el plato. Se estaba dando duro, como si quisiera matar ese Mauro rumbero que no había pelechado a tiempo como hombre de creación. Pero esto no lo comentaba con sus amigos, ellos no estaban ahí para eso, ni eran un muro de las lamentaciones, ellos seguirían ahí pasara lo que pasara y eso era lo que importaba, ofrecían energía pura y honesta, un mundo cerrado que ellos mismos se habían encargado de construir desde el colegio y que era tan fuerte que funcionaba como una salvación, como un antidoto a los demás mundos agrestes y mezquinos que componían sus vidas. Más que analizar el panorama que se le abría, lo que buscaba era evadir la realidad, anularla, desfallecer en la farrá alucinante y resucitar el lunes como un hombre nuevo. Sin embargo, en la noche del sábado en plena rumba en el dúplex sus pensamientos se le adelantaron.

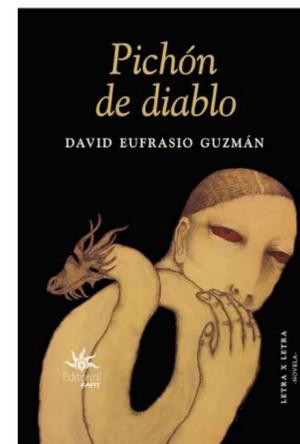
La fiesta estaba en su cenit, la gente bailaba "La tortuga" del Joe Arroyo y de repente comenzó a vibrar, desmadrado en el puf; recibió unos plones que le ofreció alguien y su boca o lo que respiró le supo a flores amargas. De una mesita agarró un cuadro que conservaba de su infancia enmarcado en vidrio y bordes de aluminio con una de sus primeras obras de arte, el Cuatrocaballo, un dibujo infantil grabado sobre un fondo negro de yeso. El cuadro, por su cómodo tamaño de veinte por veinte centímetros, y también por su valor, por ser un objeto personalizado que había sobrevivido a más de dos décadas, era el preferido de sus amigos para meter perico; ociosos delineaban el Cuatrocaballo o hacían rayas cortas o largas o curvas que desaparecían con el paso de las narices, fuua, fuua, se mandó otro trago y en un estado de borrachera total, con todos los efectos mezclados en su cerebro, empezó a ver cómo ondulaba sobre las luces y oscuridades de su rumba el revoltijo de cosas vivientes que había tenido que digerir a la brava: el baúl abandonado, sus intentos por escribir poemas, la ropa heredada que no había mandado a arreglar, la que no había comprado y para la que ya no tenía plata, los mechones de pelo en el piso de la peluquería, el casting reciente en el que olvidó su parlamento, los aciertos en clase de actuación con el maestro, y de tanto en tanto, como estaba en medio de la juerga, se colaba en el trencito de pensados la tortuga del Joe emergiendo bajoelagua bajoelagua, y luego el doctor en su posición desparramada, Te ves hermoso con esa ropa de muerto, el lunes, ¡el lunes! Mañana me muero, le dijo a Kike en el balcón, ¿Ah?, El lunes entro a trabajar, marica, dijo y soltó una risa malvada pero falsa. Kike dijo cualquier bobada, relacionada o no con lo que había dicho, no importaba, estaban en una frecuencia en la que iban a mil. De pronto su amigo le dio un palmadón eufórico en el hombro, Ah, güevón, verdad, ¿cuándo empezás a trabajar? Mauro respondió parco y desinteresado, con el baretito humeándole los dedos, como para no perder tiempo en pendejadas y disfrutar el segundo aire de la noche.

Salieron a la calle, había llovido y Mauro miraba al suelo y tomaba a pico de botella sin que le llamaran la atención los poéticos charcos de la calle húmeda, iluminados por las inocentes luces de la ciudad mortífera, ni los árboles que a esa hora adoptaban siluetas de animales prehistóricos, ni la luna empañada por el aliento cósmico. No sabía si empezaba a ver superiores a sus amigos o si ellos ya lo veían como alguien inferior, sin valentía ni carácter por haber sucumbido a la fácil, aprovechar la roscá de los tíos sin ser capaz de desviar esa naturaleza sino aferrándose a ella. No lo juzgaban pero de lo que sí estaba

*Fragmento de la novela *Pichón de diablo*, Editorial Eafit, 2021.

¡Lanzamiento en la Fiesta del libro!

Domingo 26 de septiembre
Hora: 8 p. m.
Salón Humboldt (Jardín Botánico)
Presenta Ignacio Piedrahíta



Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #328 Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #438-132 El Poblado.

PALINURO
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
Palinuro @libreriapalinuro
Medellín - Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

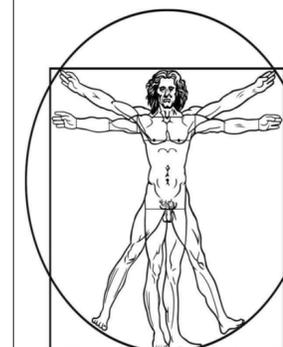
Tel.: 2302522



itaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
Todos los días
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguadelo@hotmail.com



El Chino en el club Maracaibo. Fotografía de Juan Fernando Ospina.

Pablo Escobar es un aparecido, un fantasma que asoma donde menos se piensa. En recuerdos inesperados y cuartos oscuros. El Chino fue el fotógrafo personal del capo y guarda un detrás de cámaras que logra detener una época de la ciudad. Revelaciones y partidas de la mafia entre blancas y negras.

LAS JUGADAS DEL MARACAIBO

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO • Fotografías de El Chino

Los encuentros repetidos con el Chino sucedían vía mensajes de WhatsApp y visitas al Club Maracaibo, ahora ubicado en el Pasaje La Bastilla, un centro de la ciudad. El lugar todavía conserva algo de la fama que conquistó su fundador, Arcadio Zuluaga, un santuariano que se vestía de traje de paño, de pocas palabras y disciplina religiosa. A principios de los años sesenta del siglo pasado, Arcadio montó un negocio para jugar billar en la calle Maracaibo, en el segundo piso de un local ubicado entre Junín y Palacé, y lo llamó “club” para darle categoría y seleccionar a la clientela.

Durante esos primeros años, el fervor por ese juego enigmático devino en ludopatía para algunos y en sueños de gloria para otros, que día y noche competían por convertirse en las mentes más brillantes de la región. El lugar se llenaba de universitarios, comerciantes, empresarios, quienes forjaban sus pequeñas leyendas personales sentados por horas frente a los tableros, rodeados de curiosos, chismosos y patos

que “prendían la radio” con comentarios y chistes sobre las habilidades y las intimididades de los jugadores, conocidas en las noches cuando el aguardiente les quitaba la lucidez. Competían con las fichas y la lengua. Los que perdían en el juego se nivelaban más tarde exponiendo las miserias de sus contrincantes. Avaros, bohemios y estafadores; mediocres, vagos y despilfarradores; sibaritas, suertudos y desgraciados; engreídos, malgeniados y verdaderos hijos de puta compartían por igual con abstemios, pródigos e intelectuales; emprendedores, trabajadores y humildes; afables, ilusos y buenos de espíritu, en síntesis, todo un enjambre de temperamentos y personalidades que confluían en aquella arcadia encomendada a la diosa Caissa.

Entre bromas y provocaciones surgían peleas y enemistades a muerte. Arcadio imponía orden y vetos cuando los jaques verbales amenazaban el prestigio que el mismo ajedrez le daba al lugar. Organizaba torneos anuales y las paredes del local se fueron convirtiendo en una galería fotográfica de las figuras descolantes. En 1968 ya aparecían en los cuadros enmarcados maestros como Carlos Cuartas, Emilio Caro, Tirso Castrillón, todos con la mirada fija en las fichas, vestidos de saco y corbata. El pintor Federico Vargas, ya fallecido, immortalizó al óleo los rostros de Wilhelm Steinitz, Emanuel Lasker, Paul Morphy, José Raúl Capablanca y Alexander Alekhine, legendarios del juego y siempre presentes en las listas de los mejores jugadores de la historia, entreverados con un reloj con rostro de demonio y reyes y caballos negros y blancos con formas fantasmagóricas. Y le dedicó una pintura en solitario a Bobby Fischer, el mítico campeón norteamericano, sentado frente a un tablero servido para iniciar una partida. Fischer está ladeado y con la mirada sobre las fichas blancas

sin mover y quien mira el cuadro tiene la sensación de ser el adversario. Esa pintura —que hoy está a la entrada del nuevo local— encabezaba una de las paredes del espacio que en el Maracaibo pasó a conocerse como Salón Fischer. En esos primeros años de los setenta, de la mano de Israel Santamaría, comenzó la partida del Chino con el ajedrez. Leía las columnas de Emilio Caro en *El Colombiano* y siguió con interés deportivo y político las movidas de Fischer y Spassky, que amenazaban con sacudir la rigidez de los bloques de la Guerra Fría y habían despertado un entusiasmo inédito por el juego en medio mundo. Luego de ver al maestro Gildardo García convertirse en campeón nacional por primera vez en 1977 —de quien se haría amigo y despediría de esta vida en enero de 2021 a causa del covid—, ese ambiente del Maracaibo lo acogió como a un peón más; era un lugar en el que podía jugar, al mismo tiempo, del lado de las blancas y de las negras, con la luminosidad de la amistad y la oscuridad de las mequinidades, donde podía probar su agilidad

mental y batirse en duelo sin necesidad de ser comprendido.

Se hizo un lugar entre un grupo de amigos que se enemistaban en el tablero, pero volvían a unirse en torno a la bohemia y a cierto desprecio por las malas partidas que les había jugado la vida. Eran los que alargaban la hora de cierre del estricto de Arcadio y después seguían bebiendo en bares del Centro y desafiaban las madrugadas de una ciudad que todavía se acostaba muy temprano. En el Cañaveral, un bar restaurante en los bajos del edificio Álvarez Santamaría, conocido como el Portacomidas, en la Plazuela Nutibara; luego se iban para el Chihuan, en la Avenida Primero de Mayo, hasta las cuatro de la mañana; de ahí cogían para el Jay Alai, en Maturín con Palacé, hasta el amanecer; y terminaban en El Académico, al frente de la Clínica Medellín en Maracaibo, en un tercer piso, donde remataban jugando billar y ajedrez cagados de la borrachera.

En sus mensajes de texto, el Chino me escribía: “Éramos unos bárbaros; me iba para la casa por ahí a las ocho de la mañana a dormir y cuando regresaba al Maracaibo, al atardecer, muchos de esos degenerados seguían bebiendo y jugando totalmente borrachos y amanecidos. Éramos una tenebrosa horda de recagadas de entre diez y veinte ajedrecistas y billaristas... No perdonábamos ni siquiera los domingos; la rumba era permanente y sin pausa”.

Aunque nunca fue un jugador destacado, el Chino se sentía cómodo como testigo y animador del tablero social y cultural del Maracaibo, entre tintos, billares y aguardientes, rodeado de gente inteligente y rara de todas las clases sociales. Le gustaba trezarse en combates lúdicos para escapar a los de la vida diaria, podía pasar inadvertido y, al mismo tiempo, arriesgar con distintas posiciones: saltar en L de mesa en mesa, apreciando las partidas, fotografiando y trabando amistad con las leyendas antioqueñas, o convertirse en un embriagado alfil a quien tenían que echar del local antes de que hiciera saltar por los aires las fichas o intentara destronar a botellazos cualquiera que se atreviera a desafiarlo. El Chino aprendió a ver el mundo con ojos de ajedrecista y a moverse entre ataques, trampas y emboscadas sin perder su lugar.

A finales de los setenta su carrera en la universidad ya se había truncado, su militancia en el M-19 lo llevó a ser parte de una célula guerrillera, lo que le había traído problemas con las autoridades. Mientras tanto ejercía un oficio de fotógrafo de eventos sociales que no consideraba acorde con su capacidad intelectual. Pero pronto se reencontraría con su antiguo compañero del Liceo Antioqueño, que en esos años se había enriquecido hasta un límite que nadie sospechaba y estaba a punto de proclamarse capo de una organización criminal denominada Cartel de Medellín.

En las historias nostálgicas que recuerdan la época dorada del Maracaibo hay cierta amnesia que nubla la presencia que tuvo la mafia en los paños y en los tableros a finales de los setenta y comienzos de los años ochenta; una fuerza subterránea que corría como fantasma, de boca en boca, por esa cocina de chismes ajedrecísticos y hacía su aparición en las extraordinarias celebraciones de fin de año, con remate garantizado en el Grill Lucky 77, discoteca de lujos y peligros frecuentada por “mágicos” como los hermanos Octavio y Mario Piedrahíta Tabares, que del barrio Villahermosa y de manejar taxis pasaron a ser accionistas de los equipos de fútbol Deportivo Pereira y Atlético Nacional.

Octavio, “el más osado y peligroso de todos”, como lo retrata Fabio Castillo en *Los jinetes de la cocaína*, era dueño de fincas, balnearios, estaderos, parqueaderos y locales, abundancia de la



Partida entre Georgy Agzamov y Gildardo García con el concurso del maestro Tamaz Georgadze.

que participaban sus hermanos. Mario, Javier, Orlando y Giovany Piedrahíta fueron clientes asiduos de las mesas de billar del Maracaibo, por lo menos desde 1977, cuando ya a Mario le decían el Patrón y andaba con un séquito de ayudantes, el Cabezón, Tyron, Luis Carlos Ramírez, quienes lo acompañaban de fiesta por las discotecas de renombre de la época, como Kevin's y Acuaris, y remataban en la madrugada en antros de putas y traquetos, como La Manzana de Eva y La Estrella del Sur, a los que llamaban “La vida no vale nada”.

A Mario no le gustaba tocar los billetes, cuando tenía que recibir alguno sacaba una servilleta para envolverlos y sus amigos de confianza le cargaban una manicartera repleta de fajos. Necesitado de invertir el dinero de la cocaína que los Piedrahíta exportaban por toneladas a Estados Unidos empezó a tentar a Arcadio con la compra del negocio. El viejo santuariano, apegado a las normas, musitaba detrás de la barra que ese dinero “era maldito” e intentaba esquivar la insistencia del mafioso. En 1982, el año en que el poder de Pablo Escobar y del Cartel de Medellín ascendió por los peldaños de la política con su campaña al Congreso, Mario finalmente compró el Maracaibo. Arcadio, sin ganas de vender, pidió una cantidad desbordada, como era usual que se hiciera con los narcos conocidos, que le fue entregada sin chistar. En esos años ochenta, la rebeldía y agitada peligrosidad de los Piedrahíta los llevó a sufrir atentados, secuestros y asesinatos en sus enfrentamientos con Escobar y otros capos del Cartel. Mario sobrevivió arruinado y con las manos vacías. Los ajedrecistas y billaristas que permanecieron fieles al local fueron agregando a sus memorias versiones diferentes de los asesinatos y desgracias de la gente que le cambió la fama al lugar.

Con el dinero de la mafia el viejo Arcadio abrió otro club de ajedrez al que puso Philidor, en honor a François-Anré Danican Philidor (1726-1795), músico y ajedrecista francés que dominó los tableros de París y Londres en la época de la Revolución Francesa, conocido también por su frase revolucionaria: “Los peones son el alma del juego”. Los clientes del Maracaibo que advirtieron el destino enrevesado que le esperaba al viejo club se fueron para el Philidor. Arcadio vivió hasta mediados de los noventa y el negocio aguantó unos años más hasta ya entrada la



Salón Fischer previo a campeonato de ajedrez.

primera década del nuevo siglo, cuando cerró sus puertas.

En la era de los Piedrahíta, con Mario al mando detrás del mostrador, y con sus hermanos Javier y Giovany de ayudantes, los billaristas tomaron el control del Maracaibo. Cambio de astucias, habilidades y trucos en el campo de juego donde ahora imponían las reglas los que tenían plata. Los billaristas no eran simples vagos ni viciosos, como suele pensarse, y se tomaban su juego en serio. Sabían de la importancia de la precisión para jugar a tres bandas y, al mismo tiempo, dejar al enemigo en una situación complicada. En el Salón Fischer del tercer piso se continuaron celebrando torneos anuales de ajedrez, mientras en el segundo se repartían carambolas y billetes, y se celebraban las jugadas maestras de los nuevos dueños. El Chino, siempre inquieto, alternaba con amigos en los dos niveles y ya unigido como fotógrafo personal de Pablo Escobar empezó a ser conocido como el “narcófotógrafo”. Un apodo del que nunca renegaría.

A las afueras del Maracaibo, al finalizar las fiestas, había carros fletados para llevar a quien quisiera a Lucky 77. El Chino recuerda, en sus mensajes de texto, que “se hacía un torneo interno de billar, cuyo remate era una fiesta, recuerdo una de ellas en Lucky 77, contó con dos orquestas y el show de los Hermanos Monroy y nos atendieron con aguardiente, ron, whisky y otros licores, lo que quisiéramos, y una cena a medianoche. La fiesta empezó a las 7 p. m. y

se prolongó hasta las 9 a. m. del día siguiente. Esa fue la mejor de todas, pero hubo otras también muy buenas. En una de esas fiestas, que se realizó en el Salón Fischer, me sacaron, porque borracho, a la 1 p. m., estrellé un vaso contra la mesa y me vetaron por un buen tiempo. A mí me vetaban a cada momento por recagada. Amanecí más de quince veces en penitenciarías por los recurrentes escándalos que armaba”.

A pesar de las muchas veces que fue expulsado y su presencia vetada, su aura de fotógrafo personal de Escobar hacía que volvieran a recibirlo, una y otra vez. No importaba cuántas veces la cagara, nadie quería perder esa ventana privilegiada a la leyenda que florecía en la Hacienda Nápoles, en los barrios populares de canchas iluminadas y en las celebraciones familiares de los Escobar y de la familia de Victoria Eugenia Henao, la esposa de Pablo. Esas fotos de animales exóticos, mítines políticos, festejos y reuniones en el Magdalena Medio que el Chino cargaba encima lo hacían intocable. Tenía licencia para portarse mal.

Adquirió liderazgo y su carácter se tornó logístico: dirigía un equipo de fútbol patrocinado por el club, tomaba las fotos de las competencias de ajedrez y en 1987 organizó, con el ex campeón departamental Javier Gutiérrez Duque y con el historiador Gonzalo Gutiérrez, dos torneos consecutivos, en septiembre y octubre, uno por las bodas de plata del Maracaibo y otro en honor a Carlos López, amigo ajedrecista, antropólogo



Judith Polgar en la Liga de Ajedrez de Antioquia.



El Chino en compañía de sus amigos ajedrecistas.

y profesor de la Universidad de Antioquia quien cayó asesinado días después del ajusticiamiento del médico Héctor Abad Gómez en la arremetida paramilitar contra los militantes de izquierda.

Más tarde, en 1996, el Chino sería el fotógrafo oficial de dos campeonatos mundiales celebrados en Medellín, el XXXV World Junior Chess Championship y el XIII World Girls Chess Championship, organizados por el intelectual Darío Valencia Restrepo, profundo conocedor del juego y de su historia, quien tuvo que viajar a un campeonato en Siófok, Hungría, para convencer a las representaciones europeas de venir a la capital del narcotráfico. Dio discursos, habló con jugadores y dirigentes y ofreció un premio de diez mil dólares para los ganadores en masculino y femenino y finalmente asistieron representantes de 49 países. El campeonato contó con un libro oficial con fotos del Chino y una selección de las principales partidas comentada por Boris de Greiff.

A nuestros encuentros en el nuevo Maracaibo del Pasaje La Bastilla, el

Chino solía invitar a algunos de sus amigos cercanos de varias épocas, con la idea de recordar e ir contando en compañía anécdotas de su vida, aguardiente tras aguardiente. Es un local enorme, de dos pisos, en el que cabría un supermercado de tamaño medio, que pertenece a Alberto Baena, conocido como "el zar de los billares". Se accede por un costado a través de una escalera estrecha que conduce al segundo y tercer piso. Conserva la misma disposición heredada de Arcadio: el piso inferior repleto de mesas de billar y en el superior el Salón Fischer y una docena de mesas de ajedrez. En la parte posterior se alza una chimenea de ladrillo, seguramente de una antigua fábrica, que acentúa el hollín de la nostalgia. En las mesas, de madera robusta, con las tapas pintadas con escaques blancos y verdes, algunas parejas, de pelos mustios, disputan partidas y otros tantos clientes, dispersos en el amplio espacio, beben y manotean. Parece el salón de juegos de un hogar de jubilados.

En una conversación con Édgar Cano, ajedrecista de familia y jubilado de las Empresas Públicas, un hombrecito delgado y macizo, moreno y con cara de obrero, compañero del Chino en el Liceo Antioqueño; con Javier Gutiérrez, abogado y negociante, a quien sus compañeros de mesa tildan de ser el dueño del veinte por ciento de Santa Fe de Antioquia, un hombre de contextura media, de tez blanca, con un maletín de cuero siempre en la mano, también ajedrecista y compañero de las rodadas del Chino; y con Gonzalo Berrío, el ilustre embolador del Maracaibo, sueltan las lenguas y se aclaran las gargantas.

—Mario fungía como el dueño del Maracaibo, iba todos los días; tenía un administrador que era Jairo Meneses —dice el Chino con el primer guaro.

—Los hermanos Giovany y Javier le ayudaban. Mario y Piedrahíta le daba la mano a alguien y le digo pues que aprieta más un zancudo, apenas la ponía y se iba para el baño a lavárselas durante veinte minutos —apunta Javier

Gutiérrez, quien se apega a su cerveza.

—Y subía las escalas del Maracaibo recogiendo papelititos; tenía un baño privado y un vaso exclusivo para tomar café. Y tenía pelo escaso y se hacía peluquear cada ocho días —dice el Chino.

—Hay manes ridículos —remata Édgar Cano.

—Octavio Piedrahíta nunca iba, era mala gente dentro de la mafia y lo mataron rápido. Un día su hermano Javier se fue a comer chuzo con una de las meseras y estando allá pasaron unos pillos en una moto, lo identificaron y lo mataron. Y Giovany tuvo una discusión con un trabajador en el estadero La Clarita y lo mataron en la barra —dice Javier con seguridad de archivero.

—Ve, este Édgar Cano, cuando estudiaba en el Paralelo con Pablo, tenía un club literario y el presidente era Gustavo Gaviria, el primo de Pablo —dice el Chino, quien con cada aguardiente introduce una nueva historia y se empieza a desganzar lentamente en su silla.

—Yo era el secretario y Pablo era vocal —dice Édgar Cano.

—Este Cano escribió un cuento que se titulaba *El zapador* y Pablo escribió uno titulado *El refugiado...* —dice el Chino.

—Lo más bacano era que el de Pablo decía: "Basado en la obra de Stefan Zweig", ¡ay, Pablito! Era hasta charro ese güevón. A mí me tocó leerlo, lo puedo transcribir, porque lo tengo en mi cabeza. Pablo leía a Stefan Zweig y a Gustavo Aldolfo Bécquer, también escuchaba mucha música, de Roberto Ledesma y Javier Solís, porque ambos estábamos enamorados, él de la Tata y yo de Elsy —dice Édgar Cano.

—La famosa biografía de María Antonieta se la leyó cuando estaba en bachillerato y, después, cuando estaba en La Catedral, le compré dos libros por orden de un conculnado que me dijo que le consiguiera, en La Continental, *Fouché, el genio tenebroso* y *Momentos estelares de la humanidad*, de Zweig, para leer en la cárcel —dice el Chino

abriendo las manos, asumiendo la ironía de ese protagonismo marginal, pero inmenso en los "momentos estelares del genio tenebroso".

—Pablo leyó conmigo una serie de cuentos de Zweig, *Caleidoscopio*, y de ahí sacó *El refugiado* —dice Édgar Cano.

—Tengo fotos de Cano amanecido en Nápoles, cagado de la rasca, como allá uno podía pedir lo que le diera la gana... ¡Estás vivo de milagro! —dice el Chino con otro aguardiente y ganas de dejar ir el recuerdo de paseo.

—¿Por qué estoy vivo? Porque hago la voluntad del Padre. Pablo tres veces me tentó para trabajar con él, pero Dios me decía: "Por ahí no" —dice Édgar Cano.

—Con los Piedrahíta —dice Javier Gutiérrez, con el maletín entre las piernas, en un intento de volver al principio— se empezaron a hacer diversos eventos en el Maracaibo, como traer artistas, cantantes de tangos, las celebraciones de fin de año. Después Lucky 77 se acabó, porque los guardaespaldas entregaban el mafioso en la casa y se iban para la discoteca, seis o siete, malencarados, de un lado y otro. Un día unos empezaron a mirarse feo y uno que estaba borracho y había trabajado para ambos lados trató de calmarlos y le dispararon, cuando los amigos lo fueron a recoger

estaba en un charco de sangre. Se llenó la balacera, murieron abogados, enfermeras, gente que no tenía nada que ver, como siete personas, y ahí se acabó Lucky 77. Eso fue como en el 85...

—Oíste, Gonzalo —dice el Chino para poner hablar al embolador—, ¿sí es verdad que le tenías que embolar por debajo las botas a Mario Piedrahíta?

—Una vez me sacó la piedra, me dijo que le limpiara las botas por debajo, con estopa, y le dije que las güevas, que las tenía limpias —dice Gonzalo Berrío mordiéndose la lengua y apenas se le entiende.

—Avermaría, vos que fuiste el lustrabotas de todos esos mafiosos, ¿por qué no tenés plata, Gonzalo? Se me hace que te la bebiste... —dice el Chino y suelta una carcajada, con las piernas extendidas, como si estuviera sentado en una mecedora.

—El siempre fue muy trabajador, pero debe tener una plata guardada —comenta Javier Gutiérrez para aflojarle la lengua.

—Si todos le daban ligas... —dice el Chino.

—Cuando fue el torneo mundial con Spassky —dice Gonzalo Berrío, que prefiere seguir enredado con su historia—, Luis Holguín me entregaba una jugada del *match* del siglo, que recibía por teléfono

de Boris de Greiff desde Bogotá, y yo tenía que ir al tablero mural para montarla.

—Los Piedrahíta consiguieron un socio y pusieron muy bien el Maracaibo, lo que no sabía el socio es que Mario tenía muchos problemas. Ese local lo remataron —dice Javier Gutiérrez con precisión de notario.

—Y después lo compró Baena, el dueño de ahora, el que administra aquí es el hijo. Mario quedó con todos los problemas de la mafia —dice el Chino, que cada tanto introduce un nuevo nombre y alguna otra historia del retrato de un lugar inabarcable.

—Una hija secuestrada y al final de sus días se mantenía en Billares Universitario. Esa prepotencia de lavarse las manos cuando saludaba se le acabó. Uno le decía que si quería jugar una partida de billar y decía que la jugaba si uno pagaba. Y montando en bus —recuerda Javier Gutiérrez.

—Murio hace unos años totalmente pobre —dice el Chino.

—De muerte natural y muy angustiado, porque nunca encontró a la hija —dice Javier Gutiérrez y parece que cerrará un expediente.

La conversación se alarga y se desvía a medida que el Chino se va diluyendo en su silla. En la mesa se renuevan las botellas. El Chino, extasiado, habla

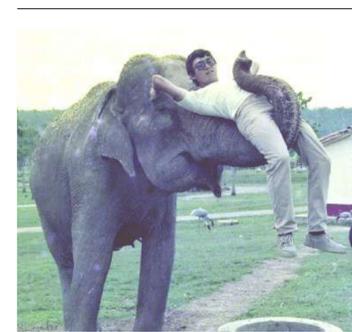
duro, se ríe, gesticula e invoca nombres al azar, que llevan a otras historias: la del heredero de un empresario millonario que no se gastaba un peso, la de un tumbador con el que apostaban quinientos pesos y perdían cincuenta mil, la de un campeón nacional de ajedrez que pertenecía al EPL. A partir de ese momento, el Chino comienza su camino a la inconsciencia, que puede terminar en discusiones, peleas y una nueva echada del local.

Al otro día, me escribió en el chat: "Alfonso, no se te olvide que yo también fui fotógrafo de confianza del EPL, y no solo después de la desmovilización, sino de antes; revelaba y copiaba las fotos que ellos tomaban en los campamentos". El Chino monta el tablero para una nueva partida. ©

*Fragmento del libro en preparación *El Chino*, proyecto ganador en la categoría de Periodismo Narrativo de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2018 de la Alcaldía de Medellín.



Oscar Castro, Maestro Internacional de Ajedrez.



Libro *El Chino. La vida del fotógrafo personal de Pablo Escobar*

Presentación Fiesta del Libro / Viernes, 1 de octubre, 8 p.m. / Salón Humboldt

Invitados

Édgar Jiménez Mendoza, El Chino
Rainbow Blue Nelson, coautor de *The Memory of Pablo Escobar*
Alfonso Buitrago Londoño, escritor

Modera

Pascual Gaviria, editor UC

Los embrujados

por DAVID HERRERA • Ilustración de Señor OK

Dedicado a Silvia Pérez

Esé día nos encontramos fumando marihuana en el colegio. El Gordo y yo estábamos parchados dándole a los plones en el morro, casi al mediodía, cuando de repente una voz nos llamó desde los lados de la cancha. Minutos después ambos caminábamos directo a la oficina de la coordinadora. Allí nos quedamos hasta que sonó el timbre para terminar la jornada. Entramos en silencio, mirándonos de reojo, sin saber qué iba a pasar, pensando en las pocas semanas que faltaban para graduarnos. Ella cerró la puerta, se dirigió a su escritorio, sacó unas hojas de papel en blanco y, luego de anotar los nombres, mientras nos aseguraba que podíamos estar tranquilos porque por ahora no iba a llamar a nuestros acudientes, pues esperaba que esta situación no se repitiera, nos pidió que escribiéramos por qué hicimos lo que hicimos en ese momento, en ese lugar. Silvia leyó el testimonio de cada uno, levantó la mirada, los guardó en una carpeta con otros documentos y nos permitió salir. El Gordo se fue a su casa tan rápido como dejó de hablarme porque a su tía no le gustaba mi amistad. Yo, en cambio, me quedé hablando con la coordinadora en el pasillo, ya que generalmente conversábamos sobre libros e incluso habíamos trabajado un tiempo en la reactivación de la emisora del liceo. Ese mismo día ella me contó una parte de su pasado con la marihuana y, si bien no la puse al tanto sobre otras ocasiones en las que estuve bajo los efectos de ciertas drogas en el colegio, consciente de mi gusto por la lectura, Silvia me llevó hasta la biblioteca para mostrarme *Los paraísos artificiales* de Baudelaire, así como un poema de Porfirio Barba Jacob.

“La Dama de cabellos encendidos / transmutó para mí todas las cosas, / y amé la soledad, los prohibidos / huertos y las hazañas vergonzosas. / ¡Qué grato el beso / de un labio en llamas! / ¡Qué intenso el fruto / de las tinieblas!”. Desde el instante que conocí a *La dama de cabellos ardientes* caí en su embrujo. El poema del hombre que parecía un caballo me señaló el cruce de la literatura con el mundo de las drogas, despertando preguntas que comenzaron a rodar en mi cabeza: por qué Silvia decidió

acercarme a esas lecturas en vez de juzgarme o sancionarme por lo que había hecho, qué tenían que ver el parisino y el santarrosano entre sí, cuáles eran sus razones para escribir acerca del hachís y la marihuana, quiénes más habían tratado el mismo tema. Todavía era menor de edad. Quería leer más. Había probado varias sustancias psicoactivas (SPA) tanto legales como ilegales. Medicamentos convencionales, alcohol, nicotina, cafeína, chocolate, cacao sabanero, éxtasis, cocaína. Pero ¿para qué leer poesía, cuentos, novelas o ensayos que abordaran el consumo de drogas y que reflexionaran sobre sus efectos? Han pasado diez años. Poco importa determinar el misterio del conjuro. Y, más que buscar una respuesta, los interrogantes se multiplican, a la par que se expande el horizonte de perspectivas de la literatura y sus formas de construir poéticamente el universo drogado. Exploración personal, ilustración farmacológica, ejercicios del lenguaje, pasatiempos. Tal vez ningún motivo preciso. Quizá solo una cuestión de elección: enfrentar los miedos, respetar la libertad de ser, desear los placeres del cuerpo, pensar las drogas y las literaturas.

El gusto del infinito

Antonio Escohotado, el famoso intelectual español autor del libro *Historia general de las drogas*, cuenta que hace doscientos años se publicó en Europa una serie de relatos que constituyeron un género literario específico, el género del viaje interior, cuyo rasgo característico es hablar sobre la particularidad de diversas SPA en comparación con otras, describiendo literariamente “la excursión psíquica propiciada por algún psicofármaco distinto del alcohol”. Alberto Castoldi y Cécile Guilbert, un profesor italiano y una escritora francesa, acuñaron dos términos semejantes: *testo drogato* y *écrits stupéfiants*, para referirse precisamente a aquellos textos que giran en torno al uso de las SPA (opio, hachís, morfina, éter, cocaína, heroína, mescalina, peyote, LSD, MDMA...); textos que, aunque se pueden rastrear en varias sociedades desde la antigüedad, en gran parte fueron escritos entre los siglos XIX y XX por poetas y literatos europeos y estadounidenses como



Coleridge, De Quincey, Balzac, Baudelaire, Huxley, Burroughs, etcétera.

La literatura drogada en América Latina se gestó en un ambiente decimonónico de tintes modernistas y un marcado gusto por las literaturas inglesas y francesas. Los escritores de vanguardia de la primera mitad del siglo XX repensaron pronto los límites del *pharmakon* en el imaginario literario y, desde la década de 1950 en adelante, las narraciones drogadas se diversificaron y se difundieron de tal manera que todavía siguen estimulando la escritura y la lectura de nuevas historias. Publicado a finales del siglo XIX con el título de *Haschisch* en una revista mexicana, el primer poema dedicado a las drogas en nuestra región fue escrito por José Martí: “El haschisch es la planta misteriosa, / Fantástica poetisa de la tierra: / Sabe las sombras de una noche hermosa / Y canta y pinta cuanto en ella encierra”, cantaba el poeta cubano. De Argentina a Uruguay, de paso por Brasil, Colombia, Ecuador y Perú, presente en Cuba, Guatemala, Nicaragua y México, muchos escritores modernistas latinoamericanos se pasaron por los bosques narrativos de los paraísos artificiales: Horacio Quiroga, José Juan Tablada, Julián del Casal, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, y muchos más. De hecho, más pronunciado en unos casos que en otros, el brote de esta literatura también se ha observado en autores de la talla de César Vallejo, Pablo Neruda y Jorge Luis Borges.

Sin embargo, ¿qué sentido tiene focalizar la “relación de pertenencia” de un texto al género del viaje interior? Ya sea que se aplique al mensaje global o tan solo a algunas de sus partes o segmentos textuales, el vínculo con la noción de “viaje interior” no es un atributo de cada obra, sino un nexo que suele darse con base en una ejecución intencional de los autores o una interpretación de los lectores. Al recrear como temática poética el consumo de SPA y la vida de sus protagonistas, la literatura drogada horada un universo cercado por placeres y pavores variopintos para poder informar sobre cómo los fármacos cambian para bien o para mal las percepciones, el ánimo, el comportamiento y los estados mentales de los consumidores; de ahí que su interés por el análisis interior del sujeto drogado, más que científico, sea inicialmente un interés moral. “Y el buen haschisch lo sabe, / Y no entona jamás cántico grave”, diría Martí.

Los textos drogados nos permiten reconocer otros caminos creativos que condensan ciertas concepciones éticas, políticas y estéticas frente al uso de drogas como un asunto social, traducibles en actitudes personales no necesariamente moralistas. ¿Por qué ciertas drogas han sido más importantes para unos u otros escritores? ¿Qué implicaciones han tenido las SPA en las culturas modernas y contemporáneas? Un punto es claro: la literatura drogada y la literatura del narcotráfico son las dos grandes derivas genéricas de la narrativa de drogas. Mientras la literatura del narcotráfico se define por su abordaje del fenómeno económico y social y sus estructuras criminales, la literatura drogada gravita alrededor de las evocaciones literarias sobre las experiencias del consumo. El género del viaje interior hereda la ambivalencia de las drogas en su doble existencia como remedio-veneno, siendo este un aspecto que se refleja en la circulación de historias que han generado dos imágenes del uso de drogas en un sentido metafórico: una como “cielo” y otra como “infierno”. Las representaciones de los consumidores operan a través de la construcción de múltiples personajes (el adicto, el poeta maldito, el loco, el roquero, el jipi, el científico, el joven rebelde, las mujeres independientes...), dotados de valores ligados a determinadas ideas de virtud y de vicio, en sintonía con sus movimientos de ascenso a los jardines del paraíso (anábasis) o de descenso a los sótanos del infierno (catábasis).

En su ausencia pienso qué opinaría Silvia si le respondiera lo mismo que aquella vez, leyéndole ahora un fragmento de las confidencias de un fumador de marihuana en la década de 1940, el protagonista de *Las llaves falsas*, un libro del escritor caldense José Vélez Sáenz: “Así, por ejemplo, al preguntarme un poco abruptamente por los motivos que me han obligado a usar «aquello» (y lo adivino terriblemente incómodo al buscar eludir la palabra infame y desacreditada, el término que una vez pronunciado coloca al médico y al paciente en terreno vulgar, profanador y desagradable), he sentido de pronto, cuando iba a lanzarme, con afán ingenio y proselitista, a defender mi vicio o a colocarlo por lo menos en un terreno más compatible con la dignidad intelectual, una inhibición y un desgano que sólo me permiten responder con evasivas: ‘Pues porque «eso» (evitando también por mi parte el término vulgar y nefando) me produce cierto placer, una embriaguez agradable”.

La literatura drogada en Colombia se entroncó desde sus orígenes costumbristas-modernistas con la tradición literaria euroamericana. Mediante el bosquejo de personajes consumidores perfilados como morfinómanos, espíritus letrados, estretas suicidas, estudiantes de medicina y mujeres enfermas, su énfasis se fijó en los tropos de la alteración de las percepciones espaciotemporales, la embriaguez amorosa, la divinización del ser femenino, la decadencia, la locura, el suicidio, la muerte, la alucinación, las visiones, los ensueños, las revelaciones, los recuerdos y los fantasmas. No obstante, el texto drogado ejemplar y fundante de la tradición literaria de las drogas fue la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva. La experiencia del consumo de SPA en el canon novelístico de Silva se asentó en la idea del análisis íntimo en forma de un autoanálisis de la anatomía moral individual, tanto en lo biográfico como en lo comportamental, expresada mediante la escritura un diario maldito e irónico en el que se recogieron las vivencias de un poeta latinoamericano adinerado en sus travesías por Europa: “Desde hace años el doral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *haschisch*, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasègue”.

La originalidad literaria modernista reorganizó la novedad de la temática del consumo de drogas al encorsetarla en función del pasado, lo nuevo y lo diferente, favoreciéndose una actualidad

Embriaguez de vida

Silvia sabía que la droga ha sido una entrada privilegiada por la tradición literaria en Colombia desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, tanto que

su potencia significativa se ha bifurcado en dos afluentes narrativos: uno sobre la experiencia del uso de SPA legales e ilegales, y otro alrededor del narcotráfico, la violencia y el sicariato. Los relatos literarios, su ficción o su realidad novelada, son un termómetro cultural que ha escenificado el recorrido de los valores del imaginario colectivo acerca del consumo de drogas en nuestro país, transformándonos en una nación narcotráfica que se sumó en un principio al reinado cultural del opio y sus derivados, el cual se deshizo con la posterior experimentación de sustancias como la cocaína, el *crack*, la marihuana y el LSD. A pesar de que algunas narraciones caen para algunos lectores en la gazmoñería, sin duda las acciones de los personajes ficticios en la literatura drogada no solo visibilizan varios hechos controvertidos de la sociedad colombiana, sino que su capacidad imaginativa ha resignificado los modos de ver las conexiones entre las drogas, las mujeres, los intelectuales, los jóvenes, las ciudades, la calle, la música y el sexo.

Los primeros textos drogados en Colombia datan del último cuarto del siglo XIX, publicados en revistas misceláneas o en libros de circulación comercial. La moda de las drogas de paz llegó al país años antes del estallido de las políticas prohibicionistas en 1920, por los días en los que se instauró la Constitución Política de 1886. Tres relatos pioneros de la droga que revelaron un gusto notorio por las culturas inglesas y francesas canonizadas en De Quincey y Baudelaire, aparecieron en Antioquia entre 1887 a 1903, en contravía de los ideales católicos, apostólicos y romanos del régimen de los conservadores, retomando el consumo problemático de morfina por medio de una redacción de orientación psicológica: *Fin de siglo (en Londres)* de Eduardo Zapata, *La jeringuilla de Prava* de José Montoya, y *Ánima en pena* de Alfonso Castro. De 1907 a 1924, en Bogotá salieron a la luz varias obras similares: *Pax* de José María Rivas Groot y Lorenzo Marroquín, *Los humildes* de Alfonso Castro, *Diana cazadora* de Clímaco Soto Borda, *La nube errante* de Manuel Briceno, aparte de los adictos en la novelística de José María Vargas Vila.

La literatura drogada en Colombia se entroncó desde sus orígenes costumbristas-modernistas con la tradición literaria euroamericana. Mediante el bosquejo de personajes consumidores perfilados como morfinómanos, espíritus letrados, estretas suicidas, estudiantes de medicina y mujeres enfermas, su énfasis se fijó en los tropos de la alteración de las percepciones espaciotemporales, la embriaguez amorosa, la divinización del ser femenino, la decadencia, la locura, el suicidio, la muerte, la alucinación, las visiones, los ensueños, las revelaciones, los recuerdos y los fantasmas. No obstante, el texto drogado ejemplar y fundante de la tradición literaria de las drogas fue la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva. La experiencia del consumo de SPA en el canon novelístico de Silva se asentó en la idea del análisis íntimo en forma de un autoanálisis de la anatomía moral individual, tanto en lo biográfico como en lo comportamental, expresada mediante la escritura un diario maldito e irónico en el que se recogieron las vivencias de un poeta latinoamericano adinerado en sus travesías por Europa: “Desde hace años el doral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *haschisch*, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasègue”.

La originalidad literaria modernista reorganizó la novedad de la temática del consumo de drogas al encorsetarla en función del pasado, lo nuevo y lo diferente, favoreciéndose una actualidad

cosmopolita, transitoria y decadente. La predominancia del líquido lechoso de la amapola, el opio y sus alcaloides, que ostentó su soberanía en el reino de las letras drogadas en Colombia hasta mediados del siglo XX, se mantuvo en la trayectoria de poetas y escritores como Bernardo Arias Trujillo, Eduardo Castillo y Vicente Noguera Corredor. Las drogas de excursión tomaron mucho más aliento con la poesía de Porfirio Barba Jacob y sus cantos a la marihuana, más allá de la mención del yagé o la “telepatina” como una planta visionaria de la selva amazónica por parte de José Eustasio Rivera en *La vorágine*. El repertorio de la farmacopea de puro brío y los alucinógenos le hicieron contrapunto al ocaso de la dinastía de los opioides. La caracterización de los personajes consumidores atestigua cómo se viró del linaje de las morfinómanas y los morfinómanos a la ascendencia de otras personalidades drogadas, como los fumadores de marihuana, con distintos caracteres espirituales y morales.

Comparados con los poetas *beatniks* de Norteamérica y Argentina, así como con la literatura de la onda en México, los nadaístas revaloraron el consumo de marihuana y de enteógenos desde 1958 en adelante, tratándolo cada uno con un estilo individual plasmado en cuentos, poemas, epístolas, entrevistas, reportajes, columnas periodísticas y eventos públicos, firmados con nombres tan destacados como Gonzalo Arango, Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar, Jaime Jaramillo Escobar y Amílcar Osorio. Así le escribió Darío Lemos a Angelita el 29 de julio de 1984: “Hoy he bañado mi barba con lociones especiales. Mi barba de barbarie, bárbara y muy tuya. Y peinado con cepillo de caballo, mi cabello. Y enrollado también mi marihuana en este papel chino donde escribieron, algunos, unos cuentos tristes y muy sabios”. ¿Cuentos tristes? Sí. Como en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo, que se suma a la larga lista de autores cercanos a la literatura drogada en Colombia, cada vez más larga después de los nadaístas: “El cachito, señores, la verdura, maracuchá, varetta, varilla, la maracachafa, nunca sobra, mariguanita amiga pa el hombre triste”. Ron, marihuana, éxtasis, ácidos, perico o Rivotril, al final del día, sea la SPA que sea, los textos drogados nos recuerdan que el futuro probablemente nos depara un panorama más abierto al disfrute consciente de las drogas.

Andrés Caicedo, M. G. Magil, Alberto Esquivel, Alberto Piedra, Raúl Gómez Jattin, Rafael Chaparro Madiedo, Efraim Medina Reyes, Antonio Ungar, Juan Guillermo Valderrama Santamaría son solo algunos escritores, unos más que otros, que se han adentrado en los terrenos movidos de este tipo de descripciones literarias. Más recientemente, tres novelas constatan la vigencia de la literatura del viaje interior en Colombia: *Semáforos rotos* de Santiago Infante, *Se llamaban los Billis de Unicentro* de Felipe Mercado, y *Cómo abrí el mundo* de José Covó. Quien se drogue con la literatura drogada viajará por un multiverso siempre ambiguo y embrujado. León Zuleta lo resaltó con una risa filosófica compartida por Silvia: “La experiencia alucinatoria con sentido tiene que ser un ritual a conciencia y se llama viaje, y como en todos los viajes uno va a la terminal, al aeropuerto, sabe dónde se sube y dónde se baja, porque si se tira del viaje, se da durísimo en el piso, si de pronto es viaje aéreo, peor; entonces hay que saber viajar... Lo fundamental es esa transparencia con uno mismo, de una cosmovisión que tiene que ser contextualizada y debe ser altamente responsable de sí mismo, del cinismo en la relación con el mundo que nos ha tocado en suerte, pero también con el mundo que vamos a dejar”.

A X 504, EN SU TUMBA

por EDUARDO ESCOBAR

• Fotografías de Jairo Osorio

Mi muy amado Jaime. No estoy muy seguro de que podás leer esta carta, pero no es imposible. Después de todo, tal vez es cierta la afirmación de Jean Cocteau al decir que los poetas no mueren, solo fingen morir. Y quién quita que consigás arreglártelas, vos, que siempre fuiste tan raro que a veces no parecías un hombre sino un secreto calzado con unos zapatos impecables. A lo mejor los muertos se quedan revoloteando con su cuerpo energético, pulsando alrededor de los vivos, y leen por sobre el hombro lo que escribimos, sin mucho interés, además. Sí. Cualquier cosa es posible en este mundo cuántico, en este fabuloso espejismo hecho de partículas inescrutables, incommensurables e imprevisibles, tejido sobre una trama electromagnética, donde el 95 por ciento de las cosas que pasan nos pasan desapercibidas y apenas se dejan intuir de lejos para los sabios y los locos y uno que otro poeta iluminado como vos y yo.

A lo mejor, mi queridísimo, el cuerpo sigue evolucionando, vibrando en los intersticios que mantienen unida la materia oscura, sin perder por completo los atributos del cuerpo más evidente, hecho de mocos y huesos y pelos y palabras. El mismo con el que vos salías a recibir a los amigos, desnudo..., y el mismo con el que escribías en estado de gracia, es decir, empelota como Adán. Es fama que recibías desnudo a los amigos en tu casa. Vos mismo declaraste muchas veces que escribías desnudo. En honor de la verdad a mí siempre me recibiste de punta en blanco, correctamente vestido como para un coctel. No sé si por respeto o por mera casualidad.

Pero en fin. Si no sos capaz de leer mi misiva, mejor que mejor. Toda la vida en nuestros tratos esporádicos, más escasos de lo que yo hubiese querido, y que a pesar de las intermitencias nos proporcionaron el lujo de una amistad fraternal, honda, viva y verdadera, porque la amistad no se da por el tiempo que pasamos juntos sino por la intensidad de los sentimientos que compartimos, toda la vida, digo, estuve temblando de miedo de ofender tu pulcritud, tu cortesía, ese modo tuyo de andar cuidándote de no herir el mundo con tu marcha más allá de lo perfectamente indispensable. Si ni siquiera me atreví jamás a soltar un ajo delante de vos y hasta respiraba con cautela para no contaminar tu sencilla aceptación del mundo, tu modestia que fue la forma de ejercer el orgullo legítimo que pretendías ocultar tan bien. No soy nada vanidoso. Y ni siquiera de eso me envanece, dijiste también con relativa frecuencia.

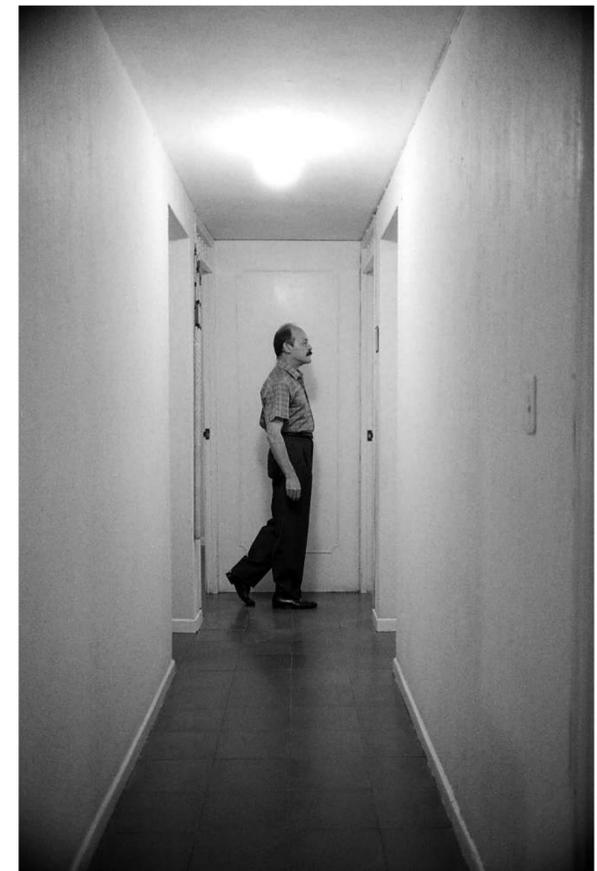
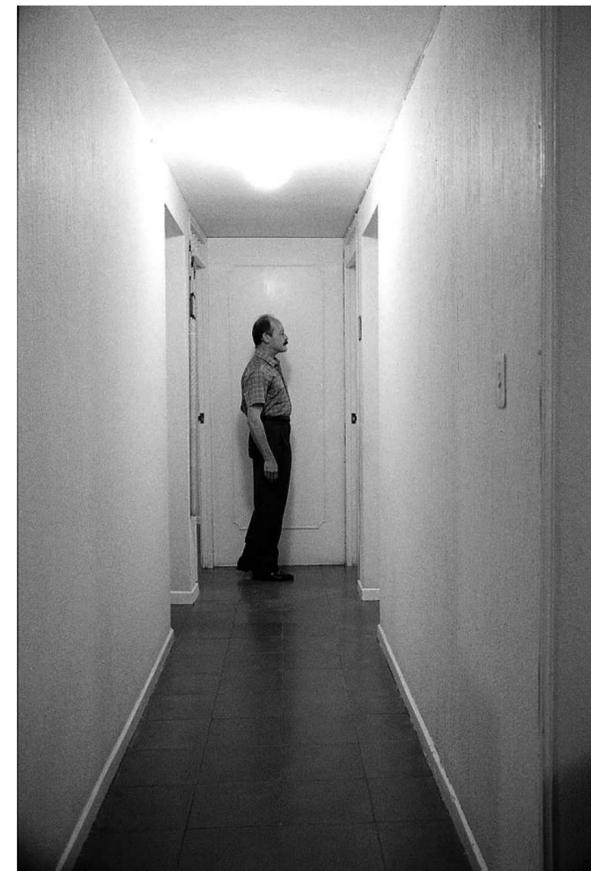
Vos debés acordarte como yo, si los muertos se acuerdan, si los vivos no son apenas unos que recuerdan los sueños de los que se ausentaron parcialmente. Al comienzo del nadaísmo, cuando nos fuimos a conquistar a Bogotá porque lo que no pasaba en Bogotá no pasaba en esta república virreinal todavía, vos me sacabas el bulto, me esquivabas como a

los alacranes. Yo te veía pasar por la carrera séptima al atardecer, con tu andar pausado, adosado a los muros con tu gabardina blanca que el hollín ciudadano perdonaba, los ojos puestos en el suelo, en una burbuja de silencio infranqueable como una coraza de coco. Yo me moría de ganas de acercarme y de saludarte y declararte mi amor. Había leído tus poemas y te admiraba. Pero nunca me atreví a abordarte, porque vos tenías tu fama de impertérrito y yo, aunque era apenas un atarván de veinte años, plagado de tristezas y sin peso en el bolsillo, respeté siempre el muro que interponías entre nosotros y no estaba dispuesto a aceptar un desaire de nadie por genio que fuera.

No te culpo. Vos te acordás. El nadaísmo estaba dividido en dos grandes vertientes. La de los sanos y la enferma de las flores del mal a la que yo pertenecía con dariolemos y otros beatíficos innumrables. Los sanos andaban las cafeterías con sus libros, algunos pensaban que la literatura iba a salvarlos, otros simplemente vegetaban y dejaban pasar el tiempo sobre un pocillo de café frío con aureolas de moscas filosóficas sin decidirse jamás a tomar esas clases de inglés o quedarse o marcharse a los Estados Unidos, como después hicieron unos pocos. Las flores del mal éramos más activos, incluso hiperactivos. Fumábamos marihuana cuando la marihuana era una yerba del diablo y te podía mandar una temporada a la colonia penal de la Gorgona, nos embrutecíamos con las drogas siquiátricas del orden establecido para probar públicamente su ineficacia ramplona, y usábamos la cocaína alemana que ya empezaba a circular entre los señoritos, con las locas más arrebatadas de Guayaquil, con las putas que las parían, con los peores malandros de la municipalidad. Nos las dábamos de piratas y no queríamos un futuro ni siquiera en la literatura por puro autodesprecio quizás, o por el simple miedo de

aburguesarnos. Los sanos a veces trabajaban como Humberto Navarro, el inefable Cachifo, y como Alberto Escobar. Y como vos. Los del bando de las flores del mal practicábamos al pie de la letra los mandatos de los manifiestos y odiábamos las actividades productivas. No voy a repetir mis pecados de juventud aquí, con vos, porque los conocés, porque quizás los conociste. Y todos están consignados con pelos y señales en los archivos de algún juzgado y declarados, como la prueba reina, en las proclamas que a veces escribíamos entre todos, antes de que Gonzalo Arango las plagara de veneno católico disfrazado de anticlericalismo y Amílcar las salpicara con sus impecables ironías de sacristán. Adolescentes, golpead vuestros puños en mi pecho, declamaba Amílcar. Tenía diecisiete años. Pero se sentía un King Kong.

Ahora que lo pienso todos éramos unos neuróticos atroces, profundamente heridos en la carne, los que como vos seguían conservando la corbata del colegio y el nudo de la sumisión en la garganta, y los que como yo, del ala siniestra, gozábamos del placer sadomasoquista de apagar los cigarrillos en el envés de las manos sin una lágrima, aquí están las cicatrices, y obligá-bamos a nuestras novias, educadas con monjas, a imitarnos en prueba de amor. Plagados de terrores absurdos desgarrábamos el corazón de nuestros padres y los juzgábamos y los condenábamos a muerte en nuestros sueños y les cantábamos respuestas anticipados. Éramos ácidos y violentos. Tu neurosis era de otra clase, la propia del carácter compulsivo. Vos tenías agenda, llevabas los zapatos lustrados como espejos, la gabardina blanca como recién salida de la lavandería, parecías más bien un burócrata con todo en su sitio que acaba de escapar de las manos de su barbero para ir a cobrar la quincena, que un gran poeta. Nosotros estábamos orgullosos de nuestras melenas corsarias y de



nuestras barbas agrestes y nuestros zapatos rotos. Vos apenas tenías un moño de pelo en la altura de una cabeza de huevo pálido. Me acuerdo de las cartas que me escribías regañándome porque pensabas que las drogas estaban oscureciendo mi estilo. Me advertías cosas como que Elmo ya se cae solo, como que tal otro salió del manicomio la semana pasada. Recuerdo que una vez me escribiste una carta a dos columnas, lo cual parecía imposible en ese tiempo de las máquinas de escribir de carro y de cinta entintada, cuando no habían inventado los computadores que hacen esas cosas para complacencia de los rigoristas. Esa carta es el mejor ejemplo que conservo de tu rigurosa paciencia. Si no se la han comido los gorgojos, que también saben ser pacientes y puntillosos como eras vos.

Así fue como tuve que esperar muchos años para poder estrecharte la mano. Fue por intermediación de Gonzalo Arango. Una vez, mientras paseábamos por Bogotá, después de habernos incorporado una frijolada en aquellos tiempos de hambres, y de descubrir que nos habíamos quedado sin plata para el café, Gonzalo me dijo fingiendo un ataque de lucidez: Vamos a la casa del Monstruo, porque así te llamaba, él nos invita a un café. No, Jaime me rehúye. Temo que no le guste mi infamada personalidad. Dije yo. Si vas conmigo te recibirá como a un príncipe, repuso Gonzalo, y así fue. Y recuerdo que nos ofreciste, no el café que esperábamos, sino sendas porciones de agua de tilo, aludiendo a Proust, en dos tacitas azules de la misma familia, de una delicadeza oriental, como de las mil y una noches. No había más pocillos en tu casa que esos, uno para vos y el otro, supongo yo, para la ballena que a veces te visitaba, como nos contaste en uno de tus primeros poemas estelares. No me acuerdo bien si sacaste tu pequeño revólver de inspector de policía de Altamira que todavía conservabas y todavía funcionaba,

para precaverte contra mi mala fama, porque así era el desprestigio que cargábamos las flores del mal, injustamente muchas veces, porque también fuimos parte de una leyenda negra que nosotros no nos preocupamos por desmentir. Pero me lo puedo estar inventando todo para destacar tu apego a las normas, aunque eras mejor lector de Baudelaire que todos nosotros, desde luego que sí. Y de Lautréamont. Aunque no levantabas la voz, ni bailabas, ni siquiera el vals, ni bebías, ni trasnochabas, ni soltabas ajos, ni fumabas aunque siempre llevabas con vos un paquete de cigarrillos Marlboro para los amigos. Y una botella de brandy español en tu casa para las visitas. Decías que apenas comías. Pero es obvio que comías aunque casi nunca comieras en público. Si hasta me recomendaste ese restaurante de la calle 14 de Bogotá que nunca encontré, donde me asegurabas que servían la mejor teta de manatí del mundo.

Recuerdo cuando te fuiste a vivir a Medellín, a un apartamentico en un conjunto aledeño al Club de Caza y Pesca Cazadiana, el mismo de donde, una noche de puñales, nos echaron con una patada en el culo a Jotamarío y a mí. Ya me habías perdido la desconfianza y me recibías desarmado. En Bogotá tenías muebles, una silla, dos pocillos y la cama que te prestó Elisa Mujica. Y hasta espejo. Porque tampoco te faltaba valor. En Medellín me sorprendió sobre todo la desnudez del lugar para que pudiera llamarlo tu hogar. Ni siquiera tenías una cama. Te pregunté dónde dormías. Y respondiste que tenías un colchón en el ropero que extendías en un lugar distinto cada noche para no tener que dormir y soñar en el mismo lugar de siempre. Las camas, pensabas, eran una atadura en una costumbre indeseable. Así eras de libre. Gonzalo te llamaba una belleza de amigo. Aunque a veces encabezaba las cartas que te escribía, con un insolente, querido iguana. Así se querrían. Pero si el sapo es una obra maestra de

Dios, como dijo el norteamericano, con más veras las iguanas, esas supersticiones prehistóricas que todavía ponen huevos como antes de que cayera el arolito de Yucatán.

Nosotros las flores del mal nos divertíamos, nos degastábamos cruelmente como si nos odiáramos, nos autodestruíamos, vagábamos por ahí con nuestras ninfetas, numerosas y malas en el mejor sentido, unas frías, por todas perversas y péfidas. Vos tenías una vida secreta. Nuestra vida secreta era pública. La tuya a veces dejaba traslucir el extraterrestre. Me habría gustado saber cómo empezaste a ser estrambótico. Sospecho que todo comenzó como cuenta Gonzalo Arango en una carta que recogí en el libro con la correspondencia violada del nadaísmo, allá, en la mangada de El Paraíso, una vereda a orillas del río San Juan, adonde ibas a bañarte con Gonzalo. Yo no sé qué pasó. El relato de Gonzalo es enigmático. Como una fábula mítica. Pero vos debés acordarte donde quiera que ahora estés, con esa sonrisa de siempre que partía el alma porque era la de un niño mutilado tempranamente. Por si te interesa, te cuento que tu fallecimiento puso la poesía de moda en los medios como en los tiempos del primer nadaísmo. Cómo te quería la gente en todas partes. Todo el mundo te amaba. Menos tu casera del apartamento en Las Playas. Qué le hiciste a esa mujer estridente para que me contestara al teléfono de esa manera. Su voz sonó como si alguien pasara unas uñas muy largas por un vidrio en una película de terror.

Ay, amado Jaime. Nos veíamos apenas de quinquenio en quinquenio, brevemente, en mi casa en las nubes de La Calera, en tu oficina de publicista de la calle 14 donde le diste trabajo a tu admirado Amílcar Osorio, que vos y yo sabemos fue el poeta más inteligente del nadaísmo y el más negligente. El que escribió el poema más bello de nuestra generación, *Plegaria nuclear de un cacacolo*. Tan redondo como tu canto de

Mamá negra, por lo menos, la que bebía a pico de estrella.

Mientras te escribo esta carta el mundo rememora el día de la pesadilla del derrumbe de las Torres Gemelas de Nueva York, con campanas, himnos y discursos y entrevistas a los sobrevivientes por la televisión. En Colombia se murió Antonio Caballero. En Chile todavía protestan contra el golpe militar de Pinochet a pedrada batida. Y en esta casa a la que no tuviste tiempo de venir, suena el réquiem polaco de Penderecki. Y miro en los diarios las fotografías de tu funeral en la iglesia de San Ignacio, donde empezó el nadaísmo con una quema de libros y el empapelamiento de los muros con un aviso funeral que rezaba:

LA POESÍA
COLOMBIANA HA MUERTO

Los nadaístas invitan a sus funerales, que se realizarán en la plazuela de San Ignacio.

Vos debías andar trabajando en la división de impuestos nacionales de Cali, estrenando las primeras computadoras enormes como hipopótamos y lerdas como tortugas. Yo estaba en el reformatorio de los padres capuchinos en Fontidueño purgando un delito menor, una infracción contra el reglamento arzobispal, inventado por una inspectora de menores de dientes torcidos que tenía tres tetas y estaba casada con un tenor lírico. ¿Vos te acordás cuándo fue, qué fecha era y cómo se llamaba la dama? A mí también se me olvidó. Pero no importa.

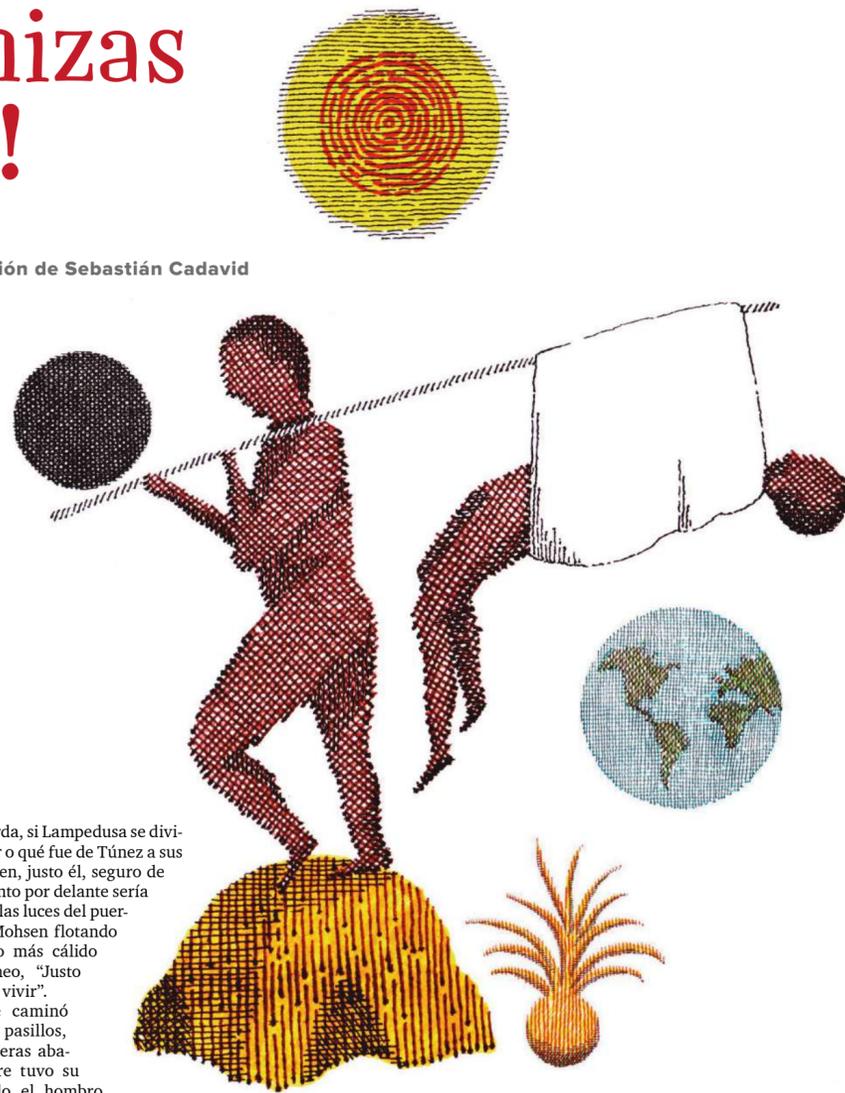
Ay, Jaime querido. Si vieras la puta falta que ya nos estás haciendo cuando apenas acabás de irte. Aunque hablamos raramente, el amor suplía los silencios. Y era bueno, con defectos y todo, un mundo donde uno sabía que vos andabas por ahí, en alguna parte, en el tumulto, sacándole fotocopias a un poema o comiendo teta de manatí en la calle de los esmeralderos. 



Ivan Espinel de Artefacto Inc.
Danta colombiana
Prototipo de madera - Juguete plástico
Producto criollo
Alto: 20 cm
2021

¡Por las cenizas de Akram!

por CAMILO MOLINA • Ilustración de Sebastián Cadavid



“pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias...”
Federico García Lorca

De ninguna manera Mohsen consideraba justo terminar de esa forma. Las luces de Lampedusa en el horizonte parecían detenidas como estrellas, un firmamento de colores imposible de alcanzar con sus brazos hormigueando de cansancio. La madrugada anterior, el 12 de agosto del 2014, estuvo despierto con las manos entrelazadas atrás de su cabeza, soñando despierto, mirando las figuras del mañana contra el techo descascarado de la casa materna. ¿Cómo sería ese mundo que no ha visto más que en algunas fotos?

El mar es un manojito de ruido con agua que va y viene juntando espuma en las orillas mientras kilómetros adentro puede ser tan manso como un lago entre montañas; esta magnitud de silencio recordó a Mohsen la paz y terror que sintió con la muerte de Ahlanbik. Al principio no era capaz de comprender —y esto es común en tragedia o en felicidad— cómo era posible quedarse solo en el mundo en un instante. Ahlanbik estaba a unos minutos de parir al único hijo de los dos y el pujar y pujar se dilató hasta juntar horas, hasta juntar dos días seguidos, hasta terminar con la madre y el niño muertos por agotamiento y dejar a Mohsen totalmente desamparado en la improvisada sala de espera del precario hospital de Hammamet; dos días han transcurrido desde ese momento.

Abrazado en la confianza de su chaleco anaranjado, gritó en dirección a las sombras del naufragio: “¿Alguien?”, “¿alguien?”, “¿alguien?”, lanzó también alaridos y jadeos de agobio, pero en la rotunda falta de respuestas comprendió que de las 32 personas que iniciaron el viaje, solo él quedaba como evidencia del desastre. “Justo yo”, se decía, “¿justo yo?”, se preguntaba, y no era gratuita la sospecha, no era capricho el interrogante, justo él, Mohsen el ignorante, Mohsen el inexperto, Mohsen quien nunca antes navegó, Mohsen el último en sumarse a la travesía, Mohsen que por más explicaciones no fue capaz de comprender si la

proa era izquierda, si Lampedusa se divisaba en estribor o qué fue de Túnez a sus espaldas; Mohsen, justo él, seguro de que el firmamento por delante sería la libertad y no las luces del puerto de Sousse; Mohsen flotando en el momento más cálido del Mediterráneo, “Justo yo, sin ganas de vivir”.

Un hombre caminó junto a él por pasillos, salones y escaleras abajo. Casi siempre tuvo su mano sujetando el hombro izquierdo de Mohsen, confortando, explicando, pero la vida se había terminado tras la muerte de Ahlanbik por más especulaciones de esperanza que se inventaran. “Se terminó”, se decía como un pensamiento más grande que los demás pensamientos, “se terminó” y contra el pronóstico doloroso, comprensible, Mohsen no dejó de respirar ni renunció al largo futuro de sus cortos veintisiete años. Al cerrar la puerta del hospital se terminaron las palabras de aliento, la mano en el hombro, no tenía esposa, hijo, ni siquiera conocía la calle en que se encontraba, tan desorientado estaba frente a los edificios blancos como lo estaría unas horas después en el silencioso mar.

Dos mañanas después salió de madrugada en dirección a la playa. Rebobando de una caja de zapatos, a un costado de la cama, quedaron las cenizas de Ahlanbik y el niño que no llegó a ver la luz, ni a escuchar el ruido, ni a sentir el aire. Dejar atrás el hogar de su madre causó el inesperado placer de enfrentarse con una página en blanco. La casa, un cuadrado de dos habitaciones construido de argamasa, blanqueado por cal y harinas recogidas del polvo eran precisamente lo que Europa debería encargarse de remediar. Mientras se alejaba, con las manos entre los bolsillos, toqueteaba las zonas encallecidas de los dedos con las que tomó cada herramienta y levantó ese lugar junto con su madre. “Bah, *atatalae lidhalik*, mira para adelante, mira para adelante”, se dijo Mohsen, con la pobreza de su viejo barrio de Hammamet detrás y el ancho Mediterráneo por delante. Sus manos salieron por fin de sus bolsillos

empapadas por los nervios y la emoción. Nervios, porque su cuerpo entero nunca estuvo tan cerca del infinito paisaje del agua; emoción, porque esta nueva vida era el obsequio de su hijo arrebatado por culpa de la precariedad, un niño sin nombre ahogado en un vientre, Mohsen mismo sería un infante, un ser asomando desde la nada, atrás se quedarían Túnez y sus avenidas secas, África y su lástima perpetua que recibe pero no devuelve nada a cambio, sería desde cero con su garganta y sus ojos nuevos, por eso no lamentó flotar como un pequeño cacho de trigo sin rumbo, sin destino pero con toda una vida iluminada por estrellas en el firmamento, ¿Lampedusa?, ¿serían esas luces la Italia soñada tan cercana?

La embarcación apareció entre pequeños barcos pesqueros y a nadie pareció importarle el exceso de gente sobre cubierta. Tan corriente es en Hammamet la búsqueda de Lampedusa como la necesidad del alimento, así que el motor rugió entre redes de pesca y hombres descamisados con dirección a la línea mar del horizonte sin que nadie hiciera el más mínimo comentario. A diferencia de los pasajeros con apariencia abastida y avidéz por el olvido, Mohsen solo se mostraba preocupado por su impericia en el asunto de la natación, sobre todo tras el crujir frecuente de la embarcación, el bamboleo por el peso de sus 32 pasajeros o los ruegos incesantes de hombres y mujeres para llegar vivos y no repetir el destino de sus parientes ahogados de la semana pasada. Ni

Mohsen ni nadie podía moverse con libertad sobre cubierta, cada hombro con un hombro al costado, cada rostro salpicado por el sol mediterráneo y el agua salada, cada frente curtida, reseca, sin alivio, junto al desasosiego de sentir que no se iba ni para adelante, ni para atrás, como si la embarcación simplemente se dejara llevar bajo una voluntad estable del mar, arriba, abajo, golpe de ola, izquierda, golpe de ola, abajo, arriba fuerte, algo totalmente diferente a la paz que unas horas después encontraría tras el naufragio.

Unos metros después de lograr distancia de altamar, Mohsen lanzó por la borda sus documentos. Repentinamente no pertenecía ni al lugar que dejaba tras de sí, ni al lugar que esperaba encontrar delante, sea cual fuere, sea como fuere. Un reloj automático, su posesión más preciada —además de su vida y una salud indiferente con el historial de enfermedades típicas en Hammamet—, debió entregarlo como parte de pago para la travesía y, aunque no fue suficiente para cubrir gastos, le valió agua fresca y un pequeño *brik* de verduras, el resto lo completó dando una mano aquí y allá con sogas, estibas y poniendo a funcionar la motobomba en los empozamientos bajo cubierta, afán y tarea que finalmente salvaron su vida. Aun con el ruido estridente de la máquina y su tarea vital de sacar fuera el agua filtrada por las grietas de la embarcación, Mohsen no sintió perturbación ni duda, el porvenir le era indiferente mientras sus pies

pusieran plantas sobre Lampedusa, deseo y voluntad que no dejó de hablar en conversaciones imaginadas con Ahlanbik, tal como si ella estuviera frente a él; le hablaba con movimientos de labios sin suscitar sonido, pero sí con el deseo de expulsar ideas, sentir su compañía y calor de viva. Dos semanas atrás estuvieron discutiendo el nombre del niño, pero nunca terminaron de ponerse de acuerdo porque nada parecía rimar con Ayed, apellido de Mohsen, no ubicaron sonidos con armonía; sin embargo, allí sentado junto a la motobomba que los mantenía a él y a las demás 31 personas a flote, moviendo su boca como un loco hablando hacia la nada, Mohsen encontró el nombre perfecto de la criatura perdida: Akram, Akram Ayed. Mohsen sonrió y su Ahlanbik imaginada sonrió con él, pero la ilusión fue removida con los gritos venidos desde cubierta. “*Alqadiat maksura!*”, llegó desde babor, o lo que Mohsen suponía babor, “*alqadiat maksura!*”, llegó también desde estribor, hombres, niños y mujeres gritaron las mismas dos palabras con la misma dosis de angustia. El casco estaba roto, *alqadiat maksura!*, y Ahlanbik y Mohsen, enajenados de cariño con el nombre de su hijo eternizado por la muerte, no se dieron cuenta de la urgencia. Él, por estar insensible de alelamiento, ella porque simplemente no existía; justo en ese momento la motobomba dejó de funcionar.

Las luces de Lampedusa en el horizonte parecían detenidas como estrellas. Mohsen se agarró con fuerza a las correas del chaleco salvavidas mientras salían a flote cadáveres expulsados por la embarcación sumergida. Aún no entiende qué pudo golpear el casco con suficiente fuerza para romperlo; la grieta dejó entrar mucha agua muy rápido y el evento fue cuestión de minutos. Las personas solo dejaron de gritar cuando se lanzaron al agua o fueron devoradas por el sifón arremolinado del artefacto hundido, como un arroz tragado por el infinito del lavaplatos. Los cuerpos flotantes se agolparon junto a Mohsen, posiblemente atraídos por el calor de su respiración o la energía magnética de estar vivo. ¿Eran aquellas luces la noche iluminada en Lampedusa?, quizás en su ignorancia total de navegante estuviera dando la espalda a su destino y simplemente las luces fueran nada más, ni nada menos que la Hammamet de siempre, allí donde reposan las cenizas de Ahlanbik y Akram junto a la cama en la casucha de su madre, el hogar de vegetales inspidos, de la soledad y el sueño deshecho. Mohsen estiró un brazo con la mano abierta, luego el otro, en la manera de los nadadores observados en la distancia, un brazo, luego el otro, las palmas de sus manos abiertas y luego cerradas como si pudiera alcanzar, atrapar el agua sosegada y arrastrarse. “¡Por las cenizas de Akram!”, un brazo después del otro aunque hormiguearan de cansancio; nadó entre cadáveres de hombres, mujeres y niños; los sintió en sus hombros, rozando sus piernas, rebotando contra el chaleco, su chaleco que lo mantiene a flote y por supuesto con vida. ¿Sería este chaleco, único en la embarcación, para alguien de mejor augurio y mayor certeza acerca de su destino?, Mohsen ahora debe su vida a un accidente. Estar bajo cubierta le negó participar del pánico generalizado, de los gritos, de los saltos por la borda. Una poderosa luz de faro apunta en su dirección, lo enceguece pero no deja de bracear, no deja de avanzar hacia las luces detenidas como estrellas y ya no le importa si Lampedusa o Hammamet, si libertad o desencanto, si campos verdes o desierto, Ahlanbik está a su lado en el último esfuerzo; una voz se escucha lejana, “*È rimasto poco, è rimasto poco, vai avanti, ti vedo, ti vedo*”. ©



exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 (y en rappi)

Seguimos leyendo

GASTRO BAR
ESLABON
EST. 2021
Restaurante · música salsa · Vegano

305 303 2922

LUNES A DOMINGO
CALLE 29 N° 82 A 7

PIZZERIA
CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm
Domingo de 12 m a 9 pm
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

A LA MANO DE DIOS

por JORGE IVÁN AGUDELO

• Ilustración de Sara Rodas Correa

Para Juliana, por monitorear, desde prudente distancia, el despelote.

La fiesta, que, como dijo un poeta, es cualquier cosa menos diversión, se había extendido desde finales de septiembre hasta principios de enero. Sin embargo, esos cinco meses, lejos de asustarlo o erigirse como una advertencia santa, le causaban, desde su conquistada vigilia, una especie de intriga por los pequeños, irregulares altibajos, dignos algunos, de la suma y la confusión de tanto día y tanta noche. Recuerda, por ejemplo, que un jueves, con cierta inocencia y, al tiempo, toda la claridad, dejó la casa de la que hacía poco menos de un año era su novia, y en la cual, entregados a las mieses del amor, se blindaron contra la pandemia y demás ruidos del mundo. Antes de llegar a su apartamento le pidió al taxista que parara en una licorera y compró dos botellas de whisky; para celebrar, pensó como disculpándose, el fin de su prolongada, y ya dolorosa abstinencia. Al primer golpe de vista, más allá del polvo acumulado en su ausencia, todo parecía igual y extrañamente dispuesto para lo que sería, a los ojos de todos, una ingesta peligrosa, desmedida, patética. Contenido de estar solo, en lugar conocido, lejos del reino de la sobriedad y el veganismo, se sirvió el primer trago. Huelga decir que le supo a cielo y lo animó a buscar el número del jibaró.

El viernes en la mañana ya se había metido cuatro gramos de perico e iba por la mitad de la tercera botella, esta vez, un whisky barato, irlandés según la etiqueta, pero, lo más probable, destilado en Bello. Empezaba a descubrir, haciendo de la necesidad virtud, el arte de redactar correos con un prístino tono grecocaldense; cosas como: me dirijo a usted, dilecto gerente de personal... Poco antes del mediodía tuvo la oportunidad de probar su voz hablando con su asistente y, más tarde, con el director general. Levemente alicoranda podía confundirse, si se esmeraba en vocalizar, con la de un baladista de los setenta. Por último, y de importancia capital para su recién iniciada carrera de malabarista de los días hábiles, es menester hacer referencia a la cancelación, vía telefónica y sin mucho aspaviento, de su relación amorosa. Libre entonces de lo que en tono displicente empezó a llamar *jugar a la casita*, aprovechó el confinamiento obligado para

confundir su vida laboral, los entuertos de la oficina —resueltos o no, por esas fechas, desde una pantalla—, con el vicio, reiterado golpecito en la cabeza; un poco, en principio, juego puro, que terminaría por romperlo y, después de los temblores, las fiebres altas, los nacidos, las arcadas, la sangre, obligarlo a recogerse y volver, paciente, a armar una vida ligeramente presentable.

Así las cosas, transitó entre el mundo del trabajo, que, cada tanto, le exigía sacar la cabeza de la bruma e improvisar una respuesta, una idea, una mentira, y el cerrado ámbito del consumo y el desvarío, que más temprano que tarde precisaría una dedicación exclusiva. Luego, pasada la debacle, disfrutando, antes de padecer su muy merecido desempleo, adoptaría la postura del que regresa de la tierra de los muertos y se siente con el deber moral de comentar, entre sabio y paródico, al que oír quisiera, su intransferible experiencia: lo que me perdió no fue el trago ni la coca, fue intentar mantener la farsa de la sobriedad. Y, entre citas lapidarias desgranadas frente a amigos que, al saberlo sobrio, empezaron de a poco a hacer presencia y preguntar cómo había sido la cosa, se dio a la tarea de rescatar las instantáneas que no se consumieron entre el contrapunto de pase, trago, trago, pase, pase, trago, trago, pase; algunas, inclusive, se dejaban contemplar con un dejo de ternura o una risa solidaria.

Era eso, lo anecdótico, o nada, porque desde hacía años se había desembarazado de las preguntas incontestables que, no obstante, aún gozaban del prestigio de lo oculto y esencial. ¿Qué encontraba, o, por lo menos, qué buscaba en esa violencia autoinfringida con plena dedicación y sistematicidad? Pura vanidad, el solo tanteo de los motivos, la dorada píldora de la causa primera, dedicarse a salvar lo errático, lo extraño, lo coincidente..., recordar, para aludir a un caso concreto, que una somera conciencia lo agarró tirado en mitad de la sala, al lado de un tercio de botella y *El cuarteto para el fin de los tiempos* sonando a lo que daba el computador. Al final de lo que debió ser también esa tarde, con una botella recién destapada, acostado en las mismas baldosas cantando a pulmón herido *Tú eres la reina*. ¿Qué extraños meandros tuvo que salvar pasar de la composición de la guerra, el apocalipsis de Messiaen, al canto enamorado del Cacique de La Junta?

Nada, pues, que enviarle al encuentro fortuito sobre una mesa de disección de una máquina de coser y un paraguas, cacareado por tanto poeta surrealista, pero él no iba en pos ni del sentido ni de la esquivia belleza de lo forzoso, de lo inimaginable. Solo se complacía con la aparición de algún

detalle perdido por las extensas horas en que permanecía despierto, con un pie en el mundo y otro en la caldera. De los retazos de conversaciones, lo pedido por internet a la licorera y a la farmacia, las sombras de diversa consistencia, los jibaros jugando con nuestros sudores, el tornasolado brillo de la escama de pescado, las transcripciones ininteligibles de párrafos completos, la roca de polvo que se deshace en las yemas de los dedos, la morosa pornografía, de todo lo indiferenciable, quedó, para la modesta gloria del sobreviviente, una historia reina, pulida ante distintos auditorios, con leves modificaciones, intensidad y complejidad.

En un pequeño claro en medio del tupido consumo se enteró de la muerte de Maradona. Leyó algunos artículos, vio antologías de jugadas maestras, dejó rodar un documental, mientras, acostado, se tomaba cada tanto un trago lento del pico de la botella y, como por no dejar, barría con el dedo índice la tabla de picar para frotarse la nariz con una untada de perico. Dando

vueltas en su celular por las redes sociales, entre comentarios amorosos que despedían al ídolo y otros que enjuiciaban sus descalabros, encontró y guardó en el álbum de su teléfono la foto de una bolsita de coca decorada con las franjas celestes de la camiseta de la selección argentina, por supuesto, el número 10 bien visible. Después, leyó y releyó una nota donde el Diego, además de ser el Cebollita, el Pelusa, el barrilete cósmico, también, y mejor aún, tenía, era, un duende: “Maradona tenía duende, como Sánchez Mejías lo tenía, como lo tenía Chaplin, como el duende de Camarón, como el de Charlie Parker, como el de Kurt Cobain, como el de Muhammad Ali. Hay algo negro, algo gitano y moro en el duende, algo judío, algo que solo puede darse en el arte de los pueblos y las clases oprimidas. El duende es una categoría estética plenamente plebeya. El duende es la vida que se afirma con una intensidad, una profundidad extraordinaria, justo en el contacto con lo que más la amenaza. Como si la vida se afirmase con más intensidad y belleza todavía en el morir mismo. Por eso hay algo trágico en esas vidas, algo ambiguo, algo ambivalente, como una presencia y un combate continuo con la muerte, del que emerge, de tanto en tanto, el duende. De ahí también la relación de estas vidas, muchas veces, con las drogas, una relación que se entiende tan mal”.

El duende es la categoría que se afirma con intensidad, repite de memoria, como si fuera un salmo, las palabras esenciales para entrar a una logia hermética a la que, desde siempre, cree pertenecer, cuando debe mitificar su estado de fiesta y exceso. Se levanta, busca su libreta, un lapicero, apoya el celular contra la almohada, se toma un trago largo, separa y distribuye, del centro a una esquina de la tabla, una gruesa raya de droga, se inclina, arrastra su nariz en una inhalación profunda y desaparece el camino; tira el cuerpo hacia atrás, mira al techo, baja la cabeza, empuña el lapicero, acerca la libreta y, por último, activa el celular. Empieza, al fin, a transcribir con pulso seguro: “Maradona tiene duende”.

El chorro de luz de la lámpara de piso contra la cara; en la televisión, a blanco y negro, cuatro vaqueros se reparten un mazo de cartas; desde el computador, asoma por momentos, tímido, un piano. ¿Esto es el mundo?, parece preguntar después de censar el espacio, con los ojos muy abiertos. Busca la hora en su celular, las tres de la mañana. ¿En qué momento se dormiría? Se detiene en la tabla que no ha dejado de estar a su diestra, intenta recordar cuándo sirvió, picó, distribuyó por la madera y se metió el último gramo. Además de la evidencia, aterradora sin duda, de que ya perico no le queda, está el vértigo de la hora. El margen es escaso. Otra vez, recién llegado, por lo menos así, de forma tan suicida e irrestricta, después de años de una aparente buena vecindad, a los dominios de la diosa blanca, ha ido agregando nombres a sus contactos, apodosando parte, teléfonos de algunos jibaros recomendados por viejos amigos periqueros, y cuando la droga amenaza con terminarse, ha sabido, paciente, barajar opciones de compra. Pero, conociendo los tiempos de cada uno de los expendedores que tiene a la mano, sabe que es muy improbable que le lleven, así sea ripio de cemento, antes de que empiece a salir el sol. En todo caso les escribe, mide a la luz de la lámpara lo que queda de la botella, se toma un trago necesario, busca el teléfono de la licorera, pero antes de llamar descarga el celular en la mesita de noche. Se levanta, empieza a vestirse, se da cuenta de que la correa ya no le sirve, piensa en abrirle un nuevo hueco con un cuchillo o un clavo, pero recoge un tenis del suelo en la esquina del clóset, le saca un cordón y se amarra el

bluyín. Era más grande el muerto, dice. Se ríe de su flacura de gato enfermo, se calza sin medias, termina de abotonar la chaqueta y se da cuenta de que no se puso primero una camiseta o una camisa, no corrige nada, levanta un par de libros, la sábana, y como no encuentra un tapabocas, descuelga una bufanda y le da dos vueltas sobre la nuca, cubriéndose nariz y mentón. Saca varios billetes del cajón del escritorio, se los guarda en el bolsillo derecho al lado del celular y, con las llaves en una mano y la botella en la otra, sale del edificio en busca, a pasos largos, de la calle principal. Ni un alma, ni un carro. No se sorprende. Desde hace dos días han decretado el toque de queda por el aumento de los casos de covid-19.

Después de caminar unas veinte cuadras, de indicarles su destino a dos taxistas que arrancaron raudos luego de mirarlo como a un delincuente, por fin uno acepta llevarlo al Barrio a comprar droga. Vamos a ver cómo está eso por allá; me voy a meter por la parte de arriba, le dijo el muchacho mirándolo por el retrovisor. Me parece, como querás, le respondió él, se tomó un trago, bajó la ventana y sacó la cabeza. Mirando calles, parqueaderos y mangas, se le ocurrió que hacía por lo menos diez años no pasaba por el Barrio, ni a comprar droga, ni a nada. A medida que avanzaban, la ciudad, a intervalos de luz y de oscuridad, se va revelando como en un sueño. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrado? Sintió el impulso de bajarse y continuar a pie, pero, en vez de eso, buscó en su celular la foto de la bolsita de perico con la camiseta del 10 argentino, se arrimó a la silla del conductor y le preguntó, como lo haría un feligrés de la religión maradoniana, si de pronto había visto esa belleza. El otro, que no había visto nada, aprovechó para decirle que él no consumía pero que podían buscar.

Ya a las puertas del Barrio, con el carro apenas en marcha, desfilaron entre una verbera. Pequeños corrillos de muchachos bajo los quicios de puertas o en plena calle, músicas cruzadas, un puesto de perros, motos, bicicletas, uno que otro carro fino, clientes. En una esquina, como avispa, tres, cuatro, cinco pelados se recostaron contra su ventana y le hablaron al tiempo, haciendo listas: roquitas de veinte, de treinta, de cincuenta, perico de coco, *tusi*, *cripa*, *ketamina*... Ante tanta variedad se sintió un clásico, o, para ser más justos, un anacronismo, como si se hubiera abierto un boquete y estuviera aterrizando en un presente ajeno, en otro barrio. Los interrumpió para preguntarles por el perico de Maradona. ¿El qué?, replicaron. El perico de Maradona, les repitió mostrándoles la foto en el celular. Se acercaron, miraron y negaron con la cabeza. Volvieron a ofrecer su arsenal, pero él ya estaba diciéndole al taxista que siguiera, que, si no le molestaba, buscaran otra plaza. Eso hicieron, entraron y salieron al Barrio profundo por calles que empezaban a repetirse, desorientados a veces, creyendo abordar los mismos rostros, después de frenar, volvían a la marcha. En ninguna parte les dieron razón de la coca conmemorativa. El chofer, que había dado prueba de toda la paciencia, le explicó, mientras él cabeceaba, que eso no existía, que si quería otra cosa la compraban rápido y lo devolvía, que ya estaban dando mucha boleta. Eso hicieron. Como si tomara otro aire, se acomodó en la silla y le indicó al taxista, con una seguridad nueva, una ruta por la que no habían pasado.

Frente a la puerta de una casa amarilla al final de un callejón, diez años más viejo, Checho, su primer jibaró, se mece en una butaca. Cuando el taxi frena, descuelga los pies, toca tierra, pero no se inmota. Él se baja, camina despacio, el otro le merma al tango, acomoda el radio en el borde de la ventana y levanta la cara. A la orden, dice. Dame

cuatro escamas, hombre Checho. Al oír su nombre, de manera casi imperceptible, entrecierra un poco los ojos para fijar su atención y buscar una cara que coincida con la del hombre que, al filo de la madrugada, tembloroso, le extiende unos billetes. Reconoce, más flaco, más pálido, ensimismado como un adicto que empieza a entrar, sin atenuantes, en su territorio, a un cliente asiduo de muchos fines de semana, ni muy encalabrado por la fiesta ni tímido ante la noche del Barrio. Profesional, sin ningún devaneo sobre los años en que se vieron como mínimo cuatro veces al mes, el jibaró se levanta parsimonioso y, como si la tuviera contada, lista desde siempre, le entrega la droga, recibe los billetes, no repara en ellos, busca el radio y se sienta otra vez.

Con la venia del taxista, después de macerar contra la palma de la mano un poco de coca, haciendo una pinza con el índice y el anular, se lleva dos, tres veces, puñaditos de droga a las fosas nasales e inhala con fuerza. Como si un ramalazo de lucidez lo devolviera completo al mundo y esa conciencia lo obligara a ser otro, se acomoda en la silla y, ceremonioso, le da las gracias al taxista y se disculpa por insistir tanto en una búsqueda sin sentido. Por fin en el apartamento, se toma el último trago de la botella, cuenta los billetes que le quedan, en el bolsillo, en el cajón, llama a la licorera y pide un whisky.

Así quisiera, es poco lo que puede contar de los días y las noches siguientes. Sabe que Andrés, un exalumno, que al salir de sus clases y de la adolescencia, se hizo primero su escudero y después su amigo, lo visitó, bebió con él y promovió, para luego aguantar, esa confusa perorata pasolinésca donde pasaba al banquillo a la burguesía y descabezaba, una y otra vez, con juicios sumarios, inapelables dignidades. Lo otro es misterio o un poco de lo mismo. Tiempo tendido que hace ridículo cualquier intento de rescatar, por pura voluntad, algo de la laguna. Si saltando del pantano, una imagen, alguna secuencia, se imponen y exigen ser contempladas en toda su rareza, es dable buscar desde allí un evento que haga las veces de una posible síntesis.

De todo lo relatado, cerrando la caldera, ni imagen, ni secuencia; más bien una limpia epifanía. Frente a la ventana, con la botella a la mano, espera, ansioso, a dos muchachos que, ante la ausencia de jibaros y su poca fuerza para ir al Barrio, quedaron, no con él, con un buen amigo de la infancia, de pasar por una plata para comprarle un par de gramos. Habían llegado haciendo bulla en una moto destarrada. El parrrillero le preguntó que cuántos mientras le estiraba la mano. Ante los billetes y su respuesta vaga, resignada, le dio un golpecito al otro en el hombro indicándole que arrancara, mientras decía para todo el vecindario, pillemos a ver qué se puede conseguir, en todo caso estamos en toque de queda. De eso hacía más de una hora. En su desespero le había escrito a su amigo al celular un par de veces. El hombre buscó calmarlo diciéndole que los pelados eran firmes, que llegaban, que no se preocupara. Los jibaros juegan con nuestras ansias, nuestros sudores, repetía como una letanía, sin reparar ya en el sentido, y, cuando, repitiendo, repitiendo, se despegó de la ventana para servir hielo, oyó, por fin, la moto. Dejó el vaso en la cocina, bajó a la carrera. Sin mirarlo, el muchacho le estiró el puño cerrado, él acuchó la palma de su mano y cuando sintió las bolsitas de la droga cerró los dedos. Así quedamos, se despidieron y aceleraron.

Entró, recogió al paso la botella de la mesa, en el corredor se tomó un trago, la descargó en el escritorio al lado de la tabla en la que soltó cinco gramos con la efigie del Diego, el Cebollita, el Pelusa, el barrilete cósmico, el duende. ☺





Notas de un consumado consumidor consumido

por JOHN GALÁN CASANOVA

• Fotografías de Juan Fernando Ospina

Con el cannabis uno se da cuenta de que a lo largo de nuestras vidas somos entrenados para ignorar lo que nos rodea, para olvidar, para apagar nuestras mentes.

Carl Sagan

Que los humanos somos seres adictos lo plantea Michel Serres en "Drogas", un texto clásico de 1989, entendiendo las adicciones aquellas conductas que implican la adquisición de un hábito acompañado a la repetición de un gesto estable o al retorno constante de un objeto, en aras de obtener seguridad y plenitud: "Entre nosotros algunos fuman opio o tabaco; otros trabajan incansablemente; aquellos, beben alcohol; otros, luchan por el poder, sedientos de ambición o de gloria, hambrientos de reconocimiento y aun de dinero; y hay quienes, repetitivos y avaros no paran de hablar, ni de mirar televisión; otros, en fin, discuten continuamente de política; y, ¡cuántos aun asedian las farmacias!".

Por intolerante, por dogmática, por ver la mota en el ojo ajeno, pero ignorar la viga del propio ojo, nuestra sociedad cultiva un fértil panorama de estigmatización en el que Songo le da a Borondongo, Borondongo le da a Bernabé y Bernabé a Muchilanga.

Una discriminación de todos contra todos, fuego cruzado donde el fanático de la salud censura al obeso, el obeso al fumador de cigarro, el fumador de cigarro al borracho, el borracho al marihuano, el marihuano al periquero, el periquero al bazuquero, el bazuquero al sacolero, y viceversa, mujer con mujer, hombre con hombre, y también mujer a hombre, del mismo modo, en el sentido contrario.

He hablado en plural, pero, individualmente, ¿cómo me defino?, ¿dónde me ubico en esta multiforme fauna? A los ojos de la sociedad, por el hábito de fumar marihuana puedo ser tratado como delincuente, enfermo, víctima o pecador. O todas las anteriores.

Aparte de depresivo antidepresivo, recluso contemporáneo, pasajero de lo pasajero, aerolito en la autopista y detective privado de la libertad, en este aspecto me reconozco como un manso adicto al THC, la TV y los brownies, un usuario crítico crónico, un consumado consumidor consumido.

Si bien mis tratos con "La dama de cabellos ardientes" —como la llamó Barba Jacob— empezaron en Bogotá, fue en Medellín donde emprendí un proceso de metódico encantamiento, contemplación y exploración con la marihuana. Un uso creativo, más que recreativo. Un magma de hojas de hierba infestó una veintena de diarios con embriones de versos, artículos, reflexiones,

apuntes, memorias, jeroglíficos y electrocardiogramas, materia prima de *El corazón portátil* y *AY-YA*.

En la milenaria ganja hallé un medio excepcional de experimentación anímica, excursiones psíquicas y entrañables vivencias de inspiración. Su influjo no se limitaba a alterar las relaciones habituales entre los sentidos (pues ciertamente me permitía palpar la música, desnudarla, dialogar con los alimentos, paldear olores). A la vez, aguzaba, afilaba, espoleaba la memoria profunda, la visión interior, el instinto, la libido, la imaginación.

Uno de los tesoros más manoseados, releídos y subrayados de mi biblioteca proviene, como otras preciadas joyas, de Medellín. Conserva el sello de la Librería América, calle 51 #49-58. Se trata de *Pontificaciones*, un volumen que reúne veinte conversaciones con el escritor Norman Mailer, uno de los intelectuales norteamericanos más controvertidos de su época.

Consumidor durante años de dosis moderadamente promiscuas de whisky, marihuana, Seconal y Benzadrina, Mailer compartió vívidas descripciones e inquietantes reflexiones acerca de su experiencia. Cito extractos de algo que declaró a propósito en mayo de 1958: "Si las drogas proporcionan sensaciones extraordinarias, el que las toma está probablemente recibiendo algo de Dios [...], si está recibiendo amor de Dios, puede ser que le esté drenando parte de su sustancia divina [...], puede estar incurriendo en un acto extraordinariamente perverso en el mismo instante en que tiene la sensación de estar lleno de Dios y ser un bondadoso místico".

La probabilidad de un Dios extenuado por la voracidad de los adictos, así como la idea de que el marihuano consume en una hora la energía de tres días, son tesis perturbadoras: "La marihuana afecta el sentido del tiempo, te abre a tu inconsciente. Se percibe la importancia de cada instante y cómo cada cual está en constante movimiento y cambio. Los objetos y las relaciones que damos por supuestas se cargan terriblemente de significado. Es algo más sensual, más natural, pero lleno de presentimientos. Se vive un estado de extrema alerta, y al vivir en un estado tal de autoconciencia el tiempo se hace más lento, la página está más llena. [...] Todo sucede como si estuvieras acudiendo a las reservas que tienes para los próximos tres días, todo el trabajo inconsciente de los tres próximos días —o treinta días, o treinta años— se anticipa. Haces mejor el amor, hablas mejor, piensas mejor, comprendes mejor a las personas. El asunto es que tienes que llegar lejos, porque estás usando tres días en una hora. [...] ¿Qué pasa con el que fuma todo el tiempo? No lo sé, pero sospecho que está hipotecando algo, está arrebatando algo al futuro".

Habida cuenta de que llevo más de tres décadas fumando ganja, de ser cierta esta teoría, mi deuda con el futuro asciende ya a varios siglos. Menos mal los escritores solemos manejar escalas temporales que abarcan centurias y milésimas de segundo. En un viaje de hachís, Théophile Gautier vivió trescientos años en un cuarto de hora. Esta semana yo recobré un par de milenios repasando el *Tao Te Ching*.

En este sentido, la marihuana y la literatura son fuentes de eterna juventud y senectud.

En mi labor de escritura, la bareta ha propiciado el juego analógico, la capacidad de captar y establecer correspondencias, secretas simpatías, relaciones insospechadas entre elementos dispares de la realidad. En palabras de Hugo Mujica: "Todo lo que el hombre hace es tratar de enhebrar los pedazos de un paraíso que no está perdido sino fragmentado".

Decido trabarme y salir a dar un paseo para ilustrar este punto. Veo las cortinas desgarradas y pienso en las velas de un barco ebrio. Las escaleras son el fuelle desplegado de un bandoneón. El ciclero, un monstruoso avispero metálico. Afuera me sorprende una fina llovizna. Si el cerebro es lluvia, la brisa de la ganja lo impulsa. Porto la cabeza como una tea que la ganja aviva.

La rutina psíquica es el lobo feroz, la liebre que avanza rectilínea. La dama de la ardiente cabellera les hace zancadilla. Ruptura rutinaria de la rutina, es una Capercucita multitasking, Alicia y minotauro en el jardín de senderos que se bifurcan.

Antonio Escotado es uno de los máximos estudiosos de la ebriedad como práctica inmemorial de la humanidad.

Los tres tomos de su *Historia de las drogas* son fundamentales para entender el fenómeno en su carácter político y cultural. Como un apéndice a su investigación de 1989, el filósofo publicó después *Aprendiendo de las drogas*, un práctico manual de vuelo, vademécum y memoria personal sobre la materia.

Al referirse a la marihuana, además de insistir en la desautomatización perceptiva y la irrupción de sentimientos y emociones inusitadas, destaca una alternancia básica en sus efectos subjetivos. Por una parte, en el ámbito social y recreativo se potencia la jovialidad y la efusión sentimental: "Promociona actitudes lúdicas, a la vez que formas de ahondar la comunicación, y todo ello dentro de disposiciones desinhibidoras especiales, donde no se produce ni el derrumbamiento de la autocrítica (al estilo de la borrachera etílica) ni la sobreexcitación derivada de estimulantes muy activos, con su inevitable tendencia a la rigidez".

De otro lado, en un ámbito más introspectivo, aludiendo a lo que Walter Benjamin describió como "un sentimiento sordo de sospecha y congoja", Escotado resalta un elemento de aprensión y oscura zozobra: "Una tendencia a ir al fondo —rara vez risueño— de la realidad, que nos ofrece de modo nítido todo cuanto pudimos o debimos hacer y no hemos hecho, la dimensión de incumplimiento inherente a nuestras vidas".

No conozco una descripción más sagaz acerca de la lucidez depresiva que acarrea el consumo solitario y consuetudinario de cannabis sativa. "Mar del saber, mar triste, mar acerbo", puntualiza el verso de Porfirio.

El pasado 18 de agosto, *El Espectador* formuló una exigencia en su editorial:

"Tenemos muchas taras heredadas por años y años de una cruenta guerra contra las drogas. El mundo corre hacia la regulación del cannabis. Los estudios científicos acompañan la idea de que el cannabis no puede compararse con las drogas duras. ¿Qué esperamos para cambiar de enfoque?".

Una postura afín a la planteada por la revista *Time* 35 años atrás: "A medida que crece la frustración ante una política fracasada, la gente sería se pregunta ¿por qué no acabar con el crimen, y sus beneficios, legalizando las drogas?".

Y acorde con lo vaticinado por Andrés Hoyos en el número que *El Malpensante* dedicó al tema en octubre de 2000: "A su debido tiempo, el uso de drogas psicoactivas será legal. La prohibición será considerada extraña y trágicamente viciada, tal vez estúpida y cruel [...] proteste quien proteste, es preciso dar un timonazo".

La guerra contra las drogas —el acto de locura humana más grande de la historia, según Wade Davis— es una cruzada, o mejor, una coartada en la que la aldea global ignorante y la patria boba se retroalimentan. "El narcotráfico se acaba este año", aseguró con cara de palo Fernando Londoño, ministro del Interior en 2003. Alejandro Gaviria acotó que en la guerra contra la droga se corre todo el tiempo para permanecer en el mismo lugar. Y así es: cumplimos ya medio siglo en esa bicicleta estática, enfrascados en una absurda, violenta y lucrativa causa perdida.

En 1982, un estudio realizado entre estudiantes de bachillerato en Estados Unidos reveló que para el 88.5 por ciento era fácil conseguir drogas; veinte años después, el mismo estudio arrojó un porcentaje invariable, idéntico. Y mientras en 1989 murieron 150 000 personas a causa del alcohol y 450 000

a causa del tabaco, a causa de la marihuana no murió ninguna. Lo cual no impidió que 1,6 millones de estadounidenses fueran arrestados y 700 000 condenados por su comercialización, porte y consumo en 2010.

Mientras el anhelado timonazo y el inexorable cambio de enfoque se dan, jalonados en buena medida por las perspectivas macroeconómicas de una industria mundial en ciernes, el tema de la regulación, legalización o despenalización de la marihuana seguirá encendiendo el debate. Quienes están a favor arguirán, como lo hiciera Carl Sagan en su momento, que la prohibición es un despropósito, "un impedimento para la utilización cabal de una droga que ayuda a producir la tranquilidad, las intuiciones, la sensibilidad y los sentimientos de amistad que tan desesperadamente necesita un mundo cada vez más disparatado y peligroso".

Escéptico empedernido, Mailer replicaría: "Me opongo a la legalización de la marihuana. Que reduzcan las penas, pero que no la legalicen. Las corporaciones se apoderarán de ella. Marihuana en cigarrillos con filtro, marihuana con vitaminas y toda la polución de la propaganda. Y llegarás a odiar el mero pensamiento de fumarla porque te habrán introducido en su esquema".

En uno u otro escenario, por mi parte supongo que seguiré desposado con la crepitante dama. Como puede ocurrir en cualquier matrimonio, por momentos consideraré deshacerme de su ubicua, incansante compañía. Pero luego recapacitaré, seguro que recaeré, y al caer la tarde he de invocar religiosamente su mecanismo de infinito, ese miserable milagro que, tal como los espejos de Roca, al horror agrega más horror, y más belleza a la belleza.



EL ÁGUILA DESCALZA

¡MUCHA GRACIA!

LA AUTOBIOGRAFÍA EN DOS TOMOS

1980-2020

LAPLUMA DEL ÁGUILA EDICIONES

CÓMPRALOS EN BOLETAENMANO.COM

E L P R I M E R L A B O R A T O R I O

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

El viernes 22 de mayo de 1959, el siguiente titular se robaba la página tres de *El Espectador*, “El FBI busca laboratorio de drogas heroicas en Colombia: La Habana centro de distribución”. Titular que, visto desde el 2021, plantea un par de interrogantes: 1. ¿Qué eran drogas heroicas? Y 2. ¿En qué parte de Colombia lo estaban buscando?

La primera respuesta se encuentra, por ejemplo, en el glosario del libro *Historia de los medicamentos en Antioquia 1900-1940*: “Inicialmente se denominaron así a las drogas fuertes que podían en determinado momento salvar al enfermo o reconfortarlo. Pero después de la generalización del uso de la cocaína, la morfina y la heroína, y la constatación de la habituación que producían, se denominaron así a todos los estupefacientes”.

Y la respuesta a la segunda pregunta estaba justo debajo del titular, esto es, Medellín, donde un día antes, el 21 de mayo de 1959, el corresponsal Federico Montoya había redactado la corta noticia, que iniciaba así: “Agentes del FBI llegarán al país dentro de poco, con el fin de colaborar con el Gobierno colombiano en el perfeccionamiento de una investigación que se viene adelantando desde hace algún tiempo, relacionada con el funcionamiento en esta ciudad de un laboratorio donde se fabricaban heroína, cocaína y morfina, productos que luego eran llevados a La Habana y distribuidos de allí a México, los Estados Unidos y otros países del continente”.

Luego de esa introducción, la noticia continuaba bajo el subtítulo “Pequeña historia”: “Hace cerca de un año, dos agentes del FBI adelantaron una investigación especial en La Habana, relacionada con el tráfico de esta clase de drogas, y localizaron a un ciudadano colombiano de quien obtuvieron datos especiales, después de ser detenido, en el sentido de que aquí se fabricaban estas drogas, en un laboratorio clandestino del cual él era uno de los responsables”.

Días después: “Los dos detectives norteamericanos llegaron a Medellín, y con los datos que poseían se dirigieron directamente a una residencia del barrio El Poblado, donde, con la colaboración de las autoridades locales, lograron encontrar buena cantidad de los productos referidos, que eran fabricados en forma subrepticia”.

Además, el compinche del colombiano detenido en La Habana, sería



Archivo de El Espectador, 22 de mayo de 1959.

capturado en Medellín. Sin embargo, “al poco tiempo se le dejó en libertad mediante fianza”. Por lo que se anuncia el arribo de dos agentes más del FBI “para ayudar a la culminación definitiva de la investigación”. Finalmente, la noticia cerraba con esta información monetaria: “Una libra de heroína tenía un valor de setenta mil dólares, y en un lapso de dos meses los fabricantes elaboraban cinco libras de ese producto, es decir, obtenían 350 mil dólares, lo que los inducía a no trabajar más durante el año para evitar peligros”. Esos 350 mil dólares de 1959, equivalen a 3 155 000 dólares de hoy. Ahora bien: ¿por qué en la noticia no se mencionaron los nombres de los dos dueños del laboratorio, a saber, el del colombiano detenido en La Habana y el de su socio capturado en Medellín? Un primer acercamiento a la respuesta de esa pregunta se encuentra en el libro *Narcotráfico: imperio de la cocaína*, publicado veinticinco años después, en el distópico 1984. Allí, en el capítulo XIII, titulado “La cosa nostra

descubre el Caribe”, luego de la transcripción de la noticia reseñada anteriormente, se agrega que el laboratorio estaba ubicado cerca del Éxito de El Poblado. Laboratorio en el que se producía heroína a partir de goma de opio importada del Ecuador, y cocaína con base de coca traída desde los municipios de Tierradentro y El Paso, departamentos del Cauca. La fachada era una fábrica de muebles, cuyas operaciones eran dirigidas desde una lujosa mansión vecina. “Igualmente, disponían de un laboratorio comercial legal, que servía de instrumento para la importación de materias primas requeridas en la refinación de la coca y el opio”. ¿Y de la identidad de los dueños del laboratorio qué se dice? “Sus propietarios eran dos hermanos, emparentados con importantes familias de Medellín y Bogotá”. Los autores del libro, o sea Mario Arango y Jorge Child, entrevistaron a uno de los hermanos, “quien se enorgullecía de haber abierto el camino internacional a la droga colombiana”. Se trataba del hermano que estuvo

detenido en Cuba, “en la prisión Castillo de El Príncipe, durante casi dos años, hasta que fue deportado por el gobierno de Fidel Castro”. Ante la pregunta de por qué había dejado de traficar, esto respondió: “Yo era narcotraficante cuando era una actividad decente. Hoy no puedo ser colega de estos negros que están metidos en el negocio”. Veintiocho años después, en el libro *Medellín: tragedia y resurrección*, publicado en 2012, se ratificaría que los dueños del laboratorio “eran miembros de prestantes familias”. Por eso, “la prensa local, en concreto *El Colombiano*, prácticamente calló el hecho, que al parecer solo fue publicado en los periódicos de Bogotá”. *El Tiempo*, sin embargo, le dedicaría mucho menos espacio a la noticia que *El Espectador*, apenas tres párrafos, bajo el título “Cadena internacional”, donde tampoco se mencionaban los nombres de los implicados, pero se agregaba una novedad: además de heroína, cocaína y morfina, el laboratorio “producía drogas para provocar efectos sexuales”.

En cuanto a *El Colombiano*, ese 22 de mayo de 1959, desviaría la mirada hacia otro asunto de drogas: la incineración de mariguana por valor de setenta mil pesos en Medellín, aproximadamente cien mil dólares de hoy. Llamada a la que se le sumaban 3040 matas de mariguana arrancadas en el barrio Zamora, cerca de la estación ferroviaria de Acevedo: “Dicho barrio producía una calidad muy apreciada, conocida como la zamoreña, cultivada a orillas del río Medellín”, cuyo cigarrillo se vendía a un peso.

Así, pues, queda virtualmente resuelta la pregunta de arriba, ni *El Tiempo* ni *El Espectador* mencionaron los nombres de los dos dueños del laboratorio, y *El Colombiano* ni siquiera cubrió la noticia, porque eran hermanos cuyos apellidos pertenecían a prestantes familias de Medellín y Bogotá. ¿Quiénes eran? En pro de la respuesta, me sumergí en algunas publicaciones locales de la época y encontré algo sorprendente en una que no está en ninguna bibliografía sobre los orígenes del narcotráfico en Colombia: *Sucesos Sensacionales*, el legendario semanario de crónica roja fundado por el suicida Jairo Zea Rendón, en sus ediciones 66 y 67, publicadas en septiembre de 1957, o sea un año y ocho meses antes de la noticia de *El Espectador*, ya se había ocupado del asunto en un par de artículos titulados “Moderna fábrica de morfina descubierta” y “La fábrica de morfina y cocaína está sellada por las autoridades”.

La introducción del segundo artículo dice así: “La información publicada al respecto por este magazine constituyó una verdadera chiva internacional en materia de policía a pesar de que los hechos ocurrieron hace bastantes semanas, y gracias a que ningún periódico había dado cuenta del sensacional affaire”. ¿Por qué la prensa tradicional soslayó tanto tiempo la noticia? La última parte de la entradilla del primer artículo de *Sucesos Sensacionales* arroja la probable respuesta, en la línea de lo señalado en *Narcotráfico: imperio de la cocaína* y en *Medellín: tragedia y resurrección*, esto es: “La fábrica era una de las mejores del continente. Fue descubierta por agentes federales de los Estados Unidos. Miembros de la alta sociedad antioqueña complicados”. ¿Quiénes eran?

En el primer artículo, el de la edición 66 de *Sucesos Sensacionales*, primera en la que sus lectores pagaron veinticinco centavos por cada ejemplar, cinco más que en el anterior, se cuenta que, a fines de 1956, el FBI recibió varios informes con un denominador común: “...el auge escandaloso que tenía el mercado de la morfina, por lo que se iniciaron cuidadosas pesquisas tendientes a establecer el origen de esa anómala situación”. Las cuidadosas pesquisas llevaron al FBI a focalizar la investigación en tres países: Colombia, Cuba y Panamá. En la capital de este último y en la ciudad de Colón, tras varias capturas e interrogatorios, el FBI logró establecer cómo obtenían “la droga heroica que les correspondía distribuir en Centroamérica: (...) la morfina provenía de la ciudad de Medellín”.

A inicios de 1957, por lo tanto, en una acción conjunta entre el FBI y el Servicio de Inteligencia Colombiano, seccional Antioquia, al mando del teniente Gilberto Bayona Ortiz, allanaron una mansión de dos pisos en el barrio Manila, sector de El Poblado, descubriendo en ella “uno de los equipos más modernos y valiosos que para la elaboración de morfina que existía en el continente americano”, y también “grandes cantidades de materia prima y de droga”. Una semana después, en la edición 67 de *Sucesos Sensacionales*, se precisaron tres cosas: 1. que el laboratorio producía principalmente cocaína: “Debido no solo a que es relativamente fácil de adquirir en Colombia y en algunos países vecinos la materia prima, sino a que el comercio de esa droga es más sencillo y produce mayores utilidades, ya que los narcómanos de Colombia, Panamá, Cuba, México, Perú, etc., la prefieren, en tanto que la morfina es de uso más restringido”. 2. Que, gracias a una información del FBI remitida a las autoridades de Medellín, el laboratorio había sido visitado finalizando 1956 por agentes secretos al servicio de la Inspección de Farmacias, los cuales fueron engañados como si fueran niños: “Al llegar a la casa donde funcionaba la fábrica, los principales comprometidos les hicieron creer fácilmente que lo que allí funcionaba era una pequeña industria de perfumería, y para que no les quedara la menor duda les hicieron oler unos frasquitos con muestras de perfume, logrando así que se retiraran satisfechos con las explicaciones que les habían dado”. Y 3., que el celador y los demás trabajadores del laboratorio también habían sido engañados: “Todo parece indicar que ignoraban el género de productos que se elaboraban en la moderna industria, para la cual se montó maquinaria excelente, aunque en su mayor parte de fabricación nacional, creyéndose que las diversas piezas eran encargadas bajo modelo a diferentes talleres de fundición, mecánica y vidriería”.

Esos tres puntos, esas tres precisiones, sin embargo, eran *peccata minuta* frente a lo que *Sucesos Sensacionales* informó respecto a los dueños del laboratorio, quienes, al momento del allanamiento, “ya habían logrado poner pies en polvorosa con rumbo a otro país del continente americano”. ¿Cuál país? Cuba, puntualmente su capital, La Habana, donde fueron detenidos por agentes secretos de Estados Unidos y del servicio de seguridad cubano, “bajo la sindicación de tráfico clandestino de estupefacientes, que también allá se castigaba con penas bastante considerables de presidio”. Los sindicatos, coincidiendo con el *modus operandi* descrito en la noticia de *El Espectador* que abre este artículo, publicada casi dos años después, en mayo de 1959, “permanecían en Medellín tres o cuatro meses de cada año dedicados a la fabricación de alcaloides, y los meses restantes los dedicaban a sus correrías por el continente entregando la mercancía a sus agentes distribuidores”. ¿Quiénes eran los sindicatos?

Se trataba de los hermanos Herrán Olózaga, “hijos del distinguido intelectual

don Rafael Herrán, fallecido hace pocos meses, y de doña Susana Olózaga, y nietos del general Pedro Alcántara Herrán, expresidente de la república y uno de los hombres más prestigiosos de la historia nacional... Los mellizos Herrán residieron muchos años en la capital de Alemania, donde su señor padre ocupaba el cargo de embajador colombiano y prestaron sus servicios en importantes empresas germanas, algunas de ellas dedicadas a la producción de artículos farmacéuticos o similares. Los mellizos Herrán adquirieron en Alemania una cultura envidiable y obtuvieron vinculaciones de la mayor importancia”. Eso señalaría *Sucesos Sensacionales* en su edición 66, agregando lo siguiente en la 67: “Uno de ellos es ingeniero químico graduado y especializado en Alemania y el otro es aviador, y vinculado por cierto a muchas personas adineradas que poseen avionetas propias, circunstancias que los funcionarios consideran como muy favorables para el mejor éxito de las delictuosas actividades de las cuales se les acusa”.

Ese segundo artículo dedicado al primer laboratorio de alcaloides de la historia de Medellín y de Colombia, finalizaba con esta promesa: “En vista de que el affaire de la fábrica de cocaína es de interés policivo internacional, y de que podría haber servido de tema principal para las mejores revistas policíacas del mundo, nos proponemos seguir informando a nuestros lectores sobre los nuevos hechos que se vayan presentando en la investigación, sin omitir los nombres de los comprometidos que vayan apareciendo, así se trate de personas de destacada posición económica, social o política, ya que *Sucesos Sensacionales* no tiene compromisos distintos a los de su orientación en defensa de la sociedad y lucha contra la delincuencia”. Sin embargo, ese legendario semanario de crónica roja, que llegaría a tener 901 ediciones, o sea más de quince años de vida por delante, nunca más informaría al respecto.

Posdata 1: Tendrían que pasar casi cuarenta años para que se tuvieran más datos concretos sobre los hermanos Herrán Olózaga, hasta que, en 1996, en la edición 8 de *Innovar, revista de ciencias administrativas y sociales*, se publicó el artículo “La prehistoria del narcotráfico en Colombia”. Allí, en la página 90, les conceden un pequeño párrafo, en el que, por ejemplo, se esclarece la fecha en la que fue allanado el laboratorio: el 20 de febrero de 1957, o sea siete meses antes de la primicia mundial de *Sucesos Sensacionales*. Y por fin se revelaban los nombres de pila de los hermanos: “Tomás y Rafael Herrán, dedicados al narcotráfico desde 1948”, y también la fecha en la que fueron arrestados en La Habana, en Navidad: 24 de diciembre de 1956, “cuando a Tomás Herrán se le encontró en posesión de 800 gramos de heroína”, después de venderle una dosis a Antonio Botano Sojo, un ciudadano cubano al que las autoridades le echaron el guante.

Posdata 2: Nueve años más tarde, en 2005, Eduardo Sáenz Rovner, el mismo autor del artículo anterior,

publicaría el libro *La conexión cubana*, en el que le regala cuatro párrafos a los hermanos Herrán Olózaga. En ellos, en primer lugar, se conoce el valor de los ochocientos gramos de heroína: dieciséis mil dólares. Luego, el día que los hermanos llegaron a La Habana desde Colombia, vía Jamaica: el jueves 1 de noviembre de 1956, junto a dos mujeres colombianas: “También fueron arrestadas... una de ellas había ayudado a introducir la droga en Cuba, la otra era la esposa de Tomás y operaría como *courrier* hacia los Estados Unidos aprovechando que era estudiante universitaria en Filadelfia”. Además, a diferencia de lo divulgado por *Sucesos Sensacionales*, se apunta que no eran mellizos sino gemelos, y que Rafael era el químico y Tomás el aviador y jefe de la banda, siendo el único que no salió bajo fianza luego de la captura y quien pasó un año tras las rejas, antes de regresar a Medellín. Tiempo suficiente para confesar que en el laboratorio “habían procesado cocaína al menos desde 1952”, y que el opio lo importaban de Ecuador.

Posdata 3: Ayudado por el libro *Genealogías de Antioquia y Caldas*, Sáenz Rovner describió las ramas más ilustres del árbol genealógico de los hermanos Herrán Olózaga: eran tataranietos de Tomás Cipriano de Mosquera, expresidente de la república, y a diferencia de lo dicho por *Sucesos Sensacionales*, no eran nietos del general Pedro Alcántara Herrán, otro expresidente, sino bisnietos: “El abuelo, Tomás Herrán, nacido en el Palacio Presidencial, se casó con una antioqueña, estudió en Georgetown y fue el encargado de negociar el tratado para la construcción del canal en Panamá, firmando el convenio Herrán-Hay, que finalmente no fue aceptado por el Senado colombiano en 1903. Rafael Herrán, el padre, fue cónsul de Colombia en Hamburgo, era esposo de Lucía Olózaga, conuñado de Gabriel Echavarría y tío político de los Echavarría Olózaga, miembros del principal clan de industriales de Medellín”. Dieciséis años después, en 2021, en el libro *Conexión Colombia*, Sáenz Rovner ratificaría lo señalado en estas tres posdatas y agregaría una cosa más sobre los hermanos Herrán Olózaga: en mayo de 1939, Rafael, dueño de la Farmacia Unión, “solicitó a una fábrica alemana las cotizaciones de cocaína y heroína en cantidades superiores a un kilogramo. Tanto las autoridades colombianas como la policía alemana sospecharon que se trataba de tráfico ilícito”.

Posdata 4: ¿Qué paso con los hermanos Herrán Olózaga? Según el libro *La conexión cubana*, “no se volvió a tener registro de sus actividades, aunque un agente del FBN, Federal Bureau of Narcotics, se lamentó de que estaban libres bajo fianza y que se tenía información confiable de que habían reintegrado al tráfico de drogas”. Y, según el libro *Narcotráfico: imperio de la cocaína*, al parecer Tomás fue propietario de moteles y empresas alimenticias, se aficionó a la química y “se dedicó a tratar de descubrir una coca sintética de bajo costo sin que se sepa que haya obtenido éxito”. ©

P O E M A S A L T E R A D O S

SILENCIOS MONSTRUOS

Freddy Pulga, poeta del Bronx en Bogotá

Cuando camino por ahí voy recogiendo pepitas y se las arrojó a los niños que consumen bazuco. Me dicen que soy muy fastidioso, yo les digo que fastidioso el jíbaro que se queda con su plata. Y no me responden nada, se quedan en silencio y les digo que hay silencios más largos que esos, que son los que quedan cuando uno se va sin que nadie lo pueda extrañar, esos sí que son silencios monstruos.

EL MUNDO DE LAS MARAVILLAS

Jaime Jaramillo Escobar

En las riberas del río La Miel brotaban como maná los hongos alucinógenos, dispensadores de la alegría y el éxtasis. Me produjeron fiebre y vómito.

En Barranquilla fumé una marihuana llamada “La puerta de oro”. Me dio la risueña y después la pálida. Se me reventaron los oídos, padecí el sudor frío, me puse tembloroso, estuve grave. Entonces tomé LSD y fue peor. Vi los colores que no pueden ser vistos. Escuché los sonidos inaudibles. Toqué objetos que nunca han sido hechos. Sufro alucinaciones psicodélicas. Estoy alucinado. Mi novia se llama Lucina.

Tomé sedantes, y encima de los sedantes tomé estimulantes. Tenía un amigo farmacéutico que me dispensó su farmacia. Mi cuarto estaba lleno de drogas, todo el piso cubierto de drogas, se caminaba sobre agujas. Pero ninguna droga pudo darme la belleza, la lozanía, la majestad, el aroma, la magia de una simple rosa rosada en su rosal. Con la coca me sentí ahogado por el aire; cientos de basucos no me hicieron ver ni sentir más de lo que normalmente veo y siento. Tiempo perdido tratando de forzar la puerta que no existe. Tomé todos los licores. Me produjeron sueño, pesadez de cabeza, expresión descontrolada.

Tabacos y cigarrillos los tuve en abundancia: de Egipto, de Cuba, de Turquía, del Amazonas. No logré aficionarme al tabaco. Pensar un poco me trae mejores humos.

El hachís, el opio, el tiosulfato, la sienita de nefelina, la alunita, la adormidera del Pireo, la picadura de insectos avispados, en nada de eso encontré más de lo que siempre he tenido, sino menos.

Acudí a la magia negra, las artes mánticas, los esotéricos, los espiritistas, los hechiceros, los rituales indígenas, el yagé. Ninguno de ellos pudo mostrarme nada más bello y más fresco y más claro y más limpio que la simple agua que llovía por el tejado de mi casa.

Corrí desnudo por laberintos interminables en Bogotá, detrás del fluido imponderable y elástico, en busca del estupefaciente, el narcótico, el fármaco, el éter sulfúrico, el óxido de etilo, el láudano, el acónito, la morfina, la madreSelva y el rapé,

el tabaquito de Honolulu, la caipirinha del duende, el ñaque, la burundanga, la amapolita de Tulcán y la madre de todas las yerbas. Me inscribí en cursos de yoga, de gimnasia sexual, terminé en un club de sadomasoquistas.

¿Qué faltaba? La coprofagia, la necrofilia. También teníamos nuestro club.

Estuve en la Cueva de Rolando con Torquato Tasso, me junté con asesinos, con asaltantes de caminos, con gentes de puñal y pistola. Fui a parar a la cárcel. Me fingí loco y me trasladaron al manicomio.

En el manicomio comí sapos, me pusieron una linda camisa de fuerza, me chuzaron con cien inyecciones diarias. Mi mayor dificultad fue salir del manicomio. Me fingí cuerdo. No me creían. En los manicomios está prohibido curar a los pacientes.

Me hice ayudante de camión, viajé a la costa para traer contrabando; esto fue con Lucho. Aprendí el tráfico de drogas, me arrojé al mar desde una avioneta a baja altura.

Me persiguieron con balas, con tiburones teleguiados, con lanchas salvavidas. Me persiguieron con jueces, con motocicletas, con ametralladoras.

Después todos en el mundo se convencieron de mi inocencia,

simplemente porque les dije con énfasis: “¡Carajo! ¡Yo soy inocente!

¿No lo estáis viendo?”.

El verbo “estáis” tiene siempre unos efectos tremendos.

EN LA CALLE (FRAGMENTOS)

Víctor Gaviria

Yo trabajé con los niños de la calle: alguno de ellos aparecía con una bolsa de plástico negro en la cabeza, por máscara; me miraba a través de los dos agujeros y volvía a pedirme plata, una vez más, para engañarme, pero yo lo retiraba de un golpe que lo hacía tambalear no por mi impulso, sino por su propia borrachera, que lo convertía en payaso de la noche ¿Para dónde van los niños de la calle, me pregunto, si no es dando eses, dando bailes y danzas como los papeles borrachos que enaltece el viento? (...)

Además toman pastillas para olvidarse de sí mismos (para curarse del recuerdo de sí mismos), para andar sonámbulos buscando las puertas de los parques, y los he visto de pie frente a los bancos de cemento, conversando con ellos... tal vez por toda esa gente que pasó por allí durante el día.

El viento rellena de aire sus chaquetas y los hace ver altos y gruesos como los globos del diciembre. Vivimos cinco meses en la calle, hasta que me fui, director de noche invitado; y no he vuelto a saber de sus abrazos que me adormecían suavemente, para luego meter sus dedos flacos y largos en lo hondo de mis bolsillos.

Qué estarán haciendo, me pregunto al cruzarme con ellos una noche cualquiera, ¿quién se ríe ahora de sus heridas pálidas como el jazmín de noche, de sus heridas oscuras como las rosas de los jardines de San Joaquín, quién disfruta de su película de nunca acabar?

ELOGIO DE LOS ALUCINÓGENOS

Raúl Gómez Jattin

Del hongo stropharia y su herida mortal derivó mi alma una locura alucinada de entregarle a mis palabras de siempre todo el sentido decisivo de la plena vida Decir mi soledad y sus motivos sin amargura Acercarme a esa mula vieja de mi angustia y sacarle de la boca todo el fervor posible toda su babaza y estrangularla lenta con poemas anudados por la desolación

De la interminable edad adolescente otorgada por la cannabis sativa diré un elogio diferente Su mal es menos bello Pero hay imágenes en mi escritura que volvieron gracias a su embrujo enfermizo Ciertos amores regresaron vestidos de fulgor eterno Algunos pasajes de mi niñez volcaron su intacta lumbre en el papel Desengaños de siempre me mostraron sus vísceras

Hay quien confía para la vida en el arte en la frialdad inteligente de sus razonamientos

Yo voy de lágrima en lágrima prosternado Acumulando sílabas dolorosas que no nieguen la risa Que la reafirmen en su cierta posibilidad de descanso del alma No de su letargo

Voy de hospital en cárcel en conocidos inhóspitos como ellos Almas con cara de hipodérmica y lecho de caridad Entregándole mi compañía a cambio de un hueso infame de alimento

Toda esa gran vida a los alucinógenos debo La delicadeza de un alma no está casi en los que se apropia Sino en el desprecio de ese estorbo sangriento cual banquete de Tiestes que la opulencia inconsciente ofrece vana y fútil



¡Extraña ñapa en verdulería!

Medellín (APin). Tras la más reciente compra en su legumbrería de confianza, el enfermero Dorian Forero lamentó que no hubieran vuelto a encimarle nada. “Siempre me daban un aguacate o una bandeja de uvas, la última vez fue un pedazo de sandía, pero hace como dos meses no me dan nada”, explicó.

En su desahogo, el joven declaró que desde hace más de cuatro años es cliente fijo de la legumbrería El Baratón. “Se consigue de todo y las muchachas son muy queridas”, dijo, “pero sí me pone triste lo de la encima, porque eso lo fideliza a uno”.

Por su parte, Yeni Granados, propietaria del local de frutas y verduras, confesó que a veces se le olvida entregar la ñapa. “Mí mamá es la que está pendiente de eso, siempre tiene por ahí alguna cosa para regalar”, aseguró mientras desvainaba unas arvejas.

APin intentó establecer qué días está al frente del negocio doña Esmeralda, madre de Yeni, pero resultó imposible. “No tenemos días, ella ha estado un poquito enferma y últimamente estoy viniendo más yo”, puntualizó la comerciante, lo que dejó a Dorian aún más desilusionado.

¡Sufre por poemas ajenos!

Medellín (APin). Angustiado se declaró ayer el librero Ramón Álvarez luego de conocer algunos de los poemas que su amigo Nevardo Ruiz enviará próximamente a un concurso de poesía, cuyo nombre las fuentes pidieron mantener en reserva. “Son unos versos cortados a machetazos”, aseguró.

Los poemas, escritos a mano en letra pegada, llegaron al librero gracias al autor de los mismos, quien le pidió opinión “sincera”. “Yo le dije sin pena que estaban flojos, son como pequeños relatos urbanos partidos a capricho, no tienen ningún valor estético”, relató Álvarez.

Nevardo, por su parte, dijo que confía mucho en Ramón. “Libro que te recomienda, libro que te llega al corazón, es un gran lector”, manifestó y se mostró preocupado por la reacción de este frente a sus versos. “Quedó aburrido, que no mandara eso, que les bajara”, contó Ruiz.

APin accedió al manuscrito y encontró poemas como “Rata parda”, “Loco de luto” y “Ganso ciego”, relacionados con la cotidianidad de la ciudad “de cuero duro”, como dice uno de los versos. “Lo que hice fue desmechar la calle, voy a pulirlos un poco y p’alante”, concluyó el poeta.

#ClasificadosAPin

 El desempleado Mario García se ofrece para defender personas débiles de carácter. Si usted se amilana por tener que ir a hacer un cambio a un almacén, se siente incapaz de reclamar sus derechos como consumidor o ciudadano, Mario lo acompaña y reclama a su nombre.

 Cuarentón nostálgico busca contemporáneos suyos para jugar como en los “viejos tiempos”. Pelota envenenada, chucha americana, chucha china, bolas, escondidijo, rin rin corre corre, policías y ladrones. Requisitos: estar afiliado a EPS y ARL.

 ¿Se le antoja denunciar a sus vecinos a la policía pero teme posibles represalias? Fany Bustamante hace la llamada por usted y entrega la información. Absoluta reserva. No incluye sospechas por narcotráfico ni delitos mayores. Solo código civil.

Encuéntrenos en redes sociales como Agencia Pinocho.

Clarín dice lo que otros callan

Para poder escuchar esta página le recomendamos sacar la antena. ¿No la ve? Está arriba y es larga y plateada, como la de los radios antiguos. Si aun así la señal es débil, mueva la ruedita de la derecha para sintonizar la emisora. La de la izquierda es la del volumen, déjela así. Su nivel está bien, será el mismo que acostumbra poner en su celular, porque estas líneas que usted ha decidido seguir juntarán lo más antiguo y lo más nuevo en materia de información y entretenimiento: el periódico, la radio y los teléfonos celulares inteligentes.

Una máquina del tiempo que le permitirá viajar entre 1959 y 1988, el periodo que cubre el fondo documental radioperiódico *Clarín*, compuesto por 852 tomos empastados, escritos a máquina de escribir sobre papel periódico. 852 libros regordetes que reposan en el Archivo Histórico de Medellín, y que si se ubicaran uno tras otro ocuparían sesenta metros. Algo así como cuatro saltos de los que dio Catherine Ibargüen cuando ganó la medalla de oro en los olímpicos de Río de Janeiro.

El reconocido periodista antioqueño, Miguel Zapata Restrepo, más conocido como Miguel Lenguas, fundador de este radioperiódico en tiempos del Frente Nacional, tuvo el acierto de donar al Archivo en el año 2000, un año antes de morir, estos libros que contenían los libretos que leyeron sus locutores, entre ellos Iván Zapata Isaza, en las cuatro emisiones diarias: mañana, mediodía, vespertina y nocturna durante casi treinta años. No se conservan archivos sonoros porque todo se grababa y se regrababa en cintas magnetofónicas que terminaban inutilizables. No existía el prurito asociado a las demandas por calumnias y tampoco nadie imaginaba que la palabra memoria se convertiría con los años en toda una *influencer* como ha ocurrido hoy, repleta de menciones y visitas en los buscadores.

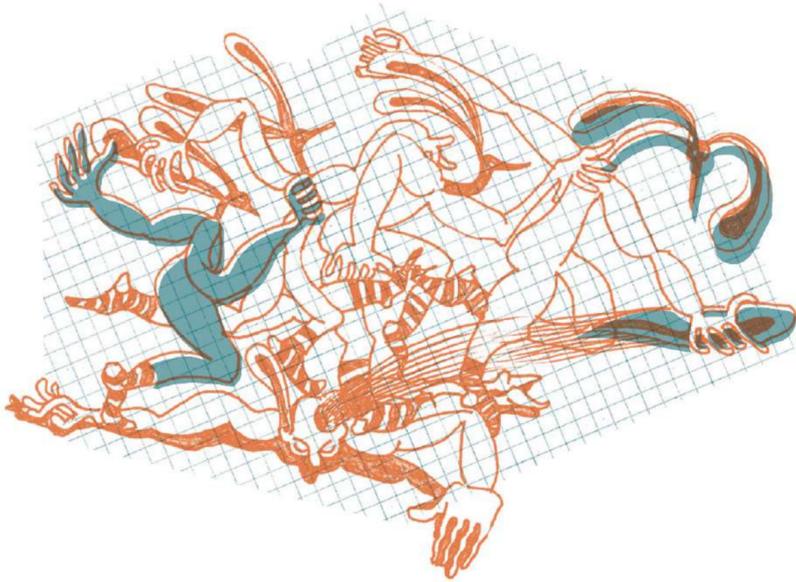
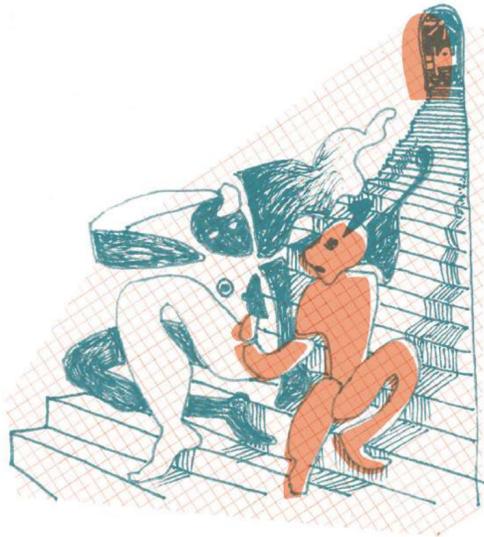
Por eso, lo invitamos ahora a dejar de mover sus pupilas entre los renglones de este texto, esa acción que en algunos escenarios ya luce rancia, y situarse a la vanguardia al activar el escáner de su celular como lo hacen los *millennials* o los *centennials* (seguro en casa habrá alguno que pueda ayudarle en caso de necesitarlo), para que cada uno de los códigos QR que aparecen en esta página le permitan oír algunas noticias que, a pesar de lo trasnochadas, nos dicen mucho de lo que hoy somos. Unas recreaciones sonoras que no pretenden imitar la inimitable radio de antes. Su objetivo no es otro que reivindicar durante septiembre, el mes del Patrimonio, la importancia de poder disponer de esas piezas que nos ayudan a interpretar nuestro devenir, para que cualquier ciudadano, sea este un azevado investigador o un espontáneo amante de las tertulias, pueda seguir armando ese inacabable rompecabezas llamado Medellín. Y si usted quiere las tres cartillas que se han publicado sobre *Clarín*, solo tiene que reclamarlas en la sede del Archivo Histórico de Medellín, calle Colombia entre Girardot y El Palo, entre las 7:30 y las 12:30 m. y la 1:30 y las 4:30 p. m. de lunes a viernes. Promoción hasta agotar existencias; olvidar nuestra historia es perjudicial para la salud mental de la ciudad. ©

Noticias:

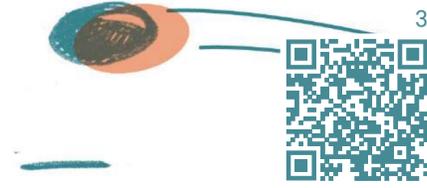
1. Una señora descubrió curiosa ocupación: la de contar parejas que entran a una casa de citas.
2. A un viejito que jugaba billar le arrancaron una oreja a causa del temblor de tierra de hoy.
3. Colombia empata contra Rusia.
4. De haberse robado tres quesitos, dos huevos y un par de pantalones acusan al autor de más de veinte homicidios.



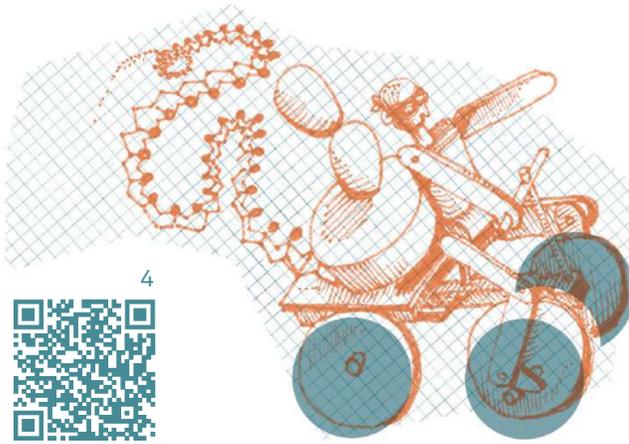
1



2



3



4

Pañitos y tapabocas colapsan la red de alcantarillado en el Aburrá



Arrojar estos productos desechables por el sanitario está causando problemas en los circuitos de alcantarillado y en el tratamiento de aguas.



En Antioquia, en un septiembre común, nacen en promedio nueve bebés cada hora. 216 por día y cerca de 6.500 durante todo el mes. Cada recién nacido podría llegar a necesitar, en un cálculo poco optimista, 30 pañitos húmedos diarios durante su primera etapa de crecimiento.

Hablamos de cientos de miles de pañitos húmedos usados al día, claro, pretendiendo que todas las familias pueden acceder a este artículo "de lujo". Lo cierto es que más allá de esas cuentas rápidas, la disposición de estos artículos en los sanitarios está representando una problemática el Área Metropolitana. ¿Por qué?

Wilson Martínez, profesional de la Unidad Operación y Mantenimiento Gestión de Aguas Residuales de EPM explica que, "a diferencia del papel higiénico, los pañitos húmedos, por los componentes con los que se fabrican, permanecen en el sistema cuando se descarga

el sanitario y se van quedando atascados en la red de alcantarillado. Esto genera obstrucciones porque son volúmenes gigantes y puede ocasionar un taponamiento y la descarga de aguas residuales a fuentes de agua que no se debían contaminar".

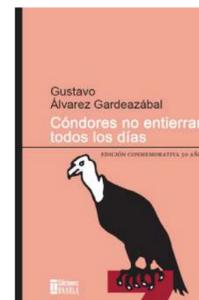
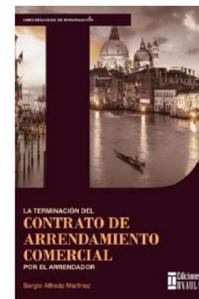
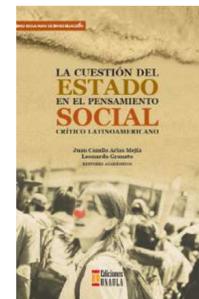
El acto casi automático de vaciar el sanitario de un baño activa un complejo entramado de redes secundarias de alcantarillado que se ramifican por toda la ciudad y que van desde los hogares, en tuberías desde las ocho pulgadas, hasta las PTAR (plantas de tratamiento de aguas residuales), con tubos madre que pueden superar los dos metros de diámetro.

Si los pañitos logran superar ese periplo por las tuberías más pequeñas también afectan la operación y encarecen los costos de mantenimiento de las plantas de San Fernando (Itagüí) y Aguas Claras (Bello).

El problema es mayor si se entiende que estos

artículos también son usados para desmaquillar o desinfectar. Además, una dificultad similar generan los preservativos y desde el año pasado, con la pandemia, los tapabocas desechables. "El problema se ha incrementado porque también han comenzado a llegar tapabocas y generan el mismo efecto de los pañitos: obstruyen, taponan y afectan la operación de las redes de alcantarillado. Aunque se han hecho campañas pedagógicas en diferentes medios y en baños públicos de centros comerciales, colegios y universidades, vemos que el tema aún no mejora", declara Martínez.

La solución es muy sencilla y está al alcance de las manos: nunca este tipo de productos deberían ser desechados por el sanitario. Su lugar está en las canecas o papeleras de basura, de manera que puedan seguir el proceso más conveniente para su disposición final.



Ediciones UNAULA
11 AÑOS

Honrando el pensamiento crítico de los fundadores de la **Universidad...**

a ToN oF coke:

nadando en un mar de coca

Texto y obra de CAMILO RESTREPO



La bola empezó a rodar el 25 de junio cuando Camila Osorio, periodista de *El País* de España, me escribió para preguntarme si era cierto que estaba vendiendo cocaína por internet. Le conté de la obra, que solo había tres pacas vendidas y que le iba a transferir un kilo, como muestra gratis, a un mafioso mexicano cursi, machista y bruto llamado el Diente d'Oro, interpretado por el actor y dramaturgo Fernando Bonilla. Su promesa era conseguir un comprador en Estados Unidos para distribuir la merca. Ante lo prematuro del proyecto, la periodista dudó si valía la pena escribir sobre él, pero, como por arte de magia, me salió de la boca un “usted llegó a mí por la coca y del *business* de la coca nadie se sale”. También le dije que yo necesitaba de ella para hacer ruido, como cuando Elon Musk compró un millón de *bitcoins* y su precio subió. El artículo salió publicado el 8 de julio en la edición digital para Latinoamérica del *El País* con el título “La criptococaína y el arte digital del colombiano Camilo Restrepo”, donde mencionaba a Leonardo DiCaprio como coleccionista de mis obras en papel, un dato que aumentaba el morbo y el chisme como agentes de especulación. Las réplicas al artículo no se hicieron esperar: “¡Colombiano puso en venta ‘cocaína digital’! Conozca de qué se trata” (*El Nuevo Día*). “Artista colombiano vende en plataforma de criptomonedas su obra maestra: ‘Una tonelada de cocaína digital’” (*El Bolivense*). “Artista colombiano entra al mundo del arte digital con NFTs enfocados en la cocaína” (*CoinTelegraph*).



Hubo una réplica de *ABCpolítica*, que aunque fue una *fake news*, se adelantaba a un escenario posible: “Artista colombiano se hizo millonario luego de vender una tonelada de ‘cocaína virtual’”. La noticia alegaba que miles de personas en todo el mundo habían comprado un kilo de cocaína virtual hasta agotar existencias. Y aunque una tonelada no tiene más de mil kilos, no es mentira que más de mil personas, “miles”, las pudieron haber comprado. OpenSea permite la reventa de estos activos digitales, como en el comercio del arte tradicional, que tiene un mercado secundario, pero con una gran diferencia: el vendedor puede escoger un porcentaje del precio de reventa, creando así un mercado más justo para los creadores porque aseguran una tajada en todas las transacciones futuras que se realicen con sus obras. Así que sería posible vivir la vida entera de una tonelada de cocaína que flota en “mar abierto”.

Un ejemplo de lo anterior son los CryptoPunks, diez mil retratos pixelados de punteros diferentes, que fueron reclamados gratis en un principio por cualquiera que tuviera una billetera en la red Ethereum. Estos se han convertido en personajes icónicos de los NFT, alcanzando una sumatoria de los precios de venta de casi mil millones de dólares en 327 000 transacciones. Si los creadores se llevaron un porcentaje del diez por ciento, ya tendrían en sus manos cien millones de dólares. Además, en el contrato inteligente de los CryptoPunks está escrito que no más de diez mil pueden ser creados. Eso no existe en el caso de *a ToN oF coke*, donde la palabra empeñada de un criptonarco colombiano —es decir, yo— asegura que ni un kilo más será producido además de los mil ya creados. De lo contrario habrá “CryptoBlood” chorreando en el “OpenSea”.

El 11 de julio me empezaron a llegar una seguidilla de *e-mails*: “*Congratulations, your item sold!*”. Vendida la 11/1000, la 12/1000, la 13/1000, la 14/1000, la 15/1000, la 16/1000, la 17/1000... El teléfono no paraba de sonar. Me sentía como un traqueteo coronando. “¡Gruesa de voladores y guaro hijueputa!”, pensaba. ¿El comprador? Un tal MelisMatik. Un informante me contó que iba tras diez kilos, pero que el banco le bloqueó la tarjeta de crédito después del séptimo. Este ha sido un problema recurrente: como se debe abrir una billetera virtual, asociarla a OpenSea y recargarla con dólares que se traducen en ETH, los bancos bloquean las transacciones. Por eso, he debido recurrir al lavado de activos: me pagan en pesos, transfiero ETH desde mi criptobilletera y compran su criptokilo.

Ese mismo día, el usuario 5636C4 compró las pacas 18/1000 y 19/1000. Me escribió y me contó que creó una fundación transitoria que recibe donaciones de NFT para venderlos y comprar obras físicas de artistas jóvenes contemporáneos para donarlas a museos en

Colombia. Otra oportunidad de la tonelada para infiltrarse en las relaciones entre arte y narcos. Le transferí diez pacas a la fundación, cuyo valor total sobrepasa los diez mil dólares. El perfecto círculo del lavado del arte. Pasó de manera similar con Fernando Botero cuando los narcos inflaron sus precios. Sin el dinero aportado por los mafiosos, él no estaría donde está y las donaciones que ha hecho no serían lo que son. Para usar un término utilizado por la plataforma NarcosLab, esos museos que las recibieron acogen un patrimonio incómodo, inflado con dineros ilegales.

Al día siguiente me contactaron del programa *Los Informantes*, pero se torcieron: “Mañana te marco y charlamos”. “El informante” nunca marcó. En el negocio, torcidos hay muchos. Un farandulero ofreció comprar un millón de pesos en criptopacas, después rebajó a cuatrocientos mil y finalmente se hizo el loco. Eso sí, le contó a varias personas en las altas esferas de la política que era dueño de unos criptokilos que no le pertenecen. Los audios lo confirman.

¿Qué profundo rayón nos han dejado la ilegalidad de las drogas y sus sangrientas guerras que posamos de traquetes o gritamos la compra de una paca legal en redes sociales, como si fuéramos lavaperros coronados? También está el Diente D'Oro, narco fanteche, que se quedó con la paca de prueba para su propio provecho. Va a revenderla por gramos en el mercado callejero, porque existen plataformas como *nftfy.org* que permiten fraccionar un NFT y venderlo por pedazos, una estrategia que ya circula en el mundo del mercado del arte convencional: las personas invierten en porcentajes de obras de arte reconocidas —ser el dueño de un lote de una pintura de Monet, por ejemplo—, para después recibir un retorno con su reventa en el mercado secundario.

La panela 1000/1000 fue vendida el 19 de julio (GMT-5) a Lanskypty por un valor de 1 ETH, entre 1.807,91 y 1.916,12 dólares. Ese mismo día el periodista Simón Posada, que es el dueño de la paca 3/1000 y el encargado de las relaciones públicas de *a ToN oF coke*, trino: “Anoche pasó algo muy raro: el artista colombiano Camilo Restrepo vendió el que ha sido, quizá, el NFT más caro que ha vendido un artista colombiano: 1 ETH, equivalente a US\$1.778. ¿La obra? Un kilo de ‘cocaína’ virtual. Sobrepasó el valor real de un kilo en Colombia: \$4.679.167”. Al día siguiente, 20 de julio, un coleccionista de NFT de nombre JeffBezosForeskine —el prebupro de Jeff Bezos— ofreció y consiguió por 2 ETH el kilo 1000/1000, duplicando su precio en el mercado. Cuando el verdadero Jeff Bezos se encontraba en la estratosfera de su viaje espacial, su prepucio aprovechaba para ir de compras en OpenSea. Por ese valor, se podrían comprar varios kilos de coca real en algún puerto de la selva colombiana. Ese mismo día, Lanskypty

le ofreció 0.1 ETH a Zemp por la paca 1/1000, multiplicando por cien su precio, pero la oferta fue rechazada. La prensa siguió haciendo eco al proyecto. Fernando Gómez, editor de Cultura de *El Tiempo*, publicó un texto titulado “Una tonelada de ‘perico’ y 503 alias: la nueva obra de Camilo Restrepo”. Me llamaron para varias entrevistas en video, en *The Awakened Journalist & Media Healers, Reemplazo, Arteria*, Nombrar lo Innombrable y María Jimena Duzán. En una entrevista radial en Nocturna FM hubo un conato de tropel por los comentarios de un oyente indignado. También hice un Space en Twitter con Toby Muse, autor del libro *Kilo: Inside the deadliest cocaine cartels, from the jungles to the streets*. Está por salir una entrevista en la revista *Generación* de México. Además, me hicieron el ofrecimiento de montar gratis una galería en el Parque Lleras, con televisores mostrando las pacas y una montaña de harina en el medio para que los turistas se tomaran sus selfies. No rotundo.

La censura también ha sido una constante. La cuenta de Twitter @aToNoFcoke fue dada de baja el 20 de julio sin posibilidad de apelación. El dueño de una bodega petrista me ayudó a conseguir una nueva apelación que, de nuevo, fue rechazada. En la cuenta promocionaba la merca con imágenes de las pacas vendidas y videos hechos con pedazos de películas icónicas, cedados por Juan Sebastián Ramírez de la Galería Bis en Cali —sí, al proyecto se sumó un galerista, cuando la misión de estas plataformas es eliminar los intermediarios—. El fin principal de la cuenta era llegarle a coleccionistas por fuera de Latinoamérica: en Estados Unidos, la India, Europa del Este y Rusia, donde está la mayor concentración de criptomillonarios que invierten en NFT. No he podido lograrlo. La cuenta de Instagram lleva dos *posts* tumbados, con la amenaza de un cierre total por vender “bienes ilegales o regulados”. En Reddit hubo intentos que terminaron en ofrecimientos de armas y de teléfonos y códigos de Telegram para asesinar personas. Usé métodos más tradicionales: *stalkee* las redes sociales de unos de los mayores coleccionistas de NFT en Miami. Con un contacto en Key Biscayne y la ayuda de Google Maps, cotejamos sus fotos de Instagram para dar con su dirección. ¿Pero de qué sirve una dirección física si se trata de vender cocaína virtual? ¿Dónde están los putos coleccionistas, la gente que invierte en NFT para alborotar el aviso y dirigir la atención a las criptoconomías?

Solo falta que *hackeen* mi criptobilletera (@colombiancocaine) y se roben el dinero ganado hasta ahora, como si un distribuidor en el extranjero se apoderara de la merca sin pagarla. O que OpenSea le ponga un veto al proyecto, dando de baja los NFT, lo que equivaldría a la caída del cargamento. Ahí sí pailas. ©

Desde muy pequeño fui en vacaciones de diciembre a El Valle, un corregimiento del municipio de Bahía Solano, Chocó. Se llegaba en chiva luego de una hora por un camino tortuoso. Un amigo de mis padres nos prestaba una cabaña de madera al borde de la playa. Era un pueblo tranquilo que, con el paso de los años y la llegada de los narcos, fue perdiendo su calma. Salíamos en panga a pescar dorados, sierras y atunes. Cuando queríamos ir tras los *marlins*, salíamos a mar abierto hasta el “hilerero”, una línea larga de basura y palos flotantes que se formaba en el encuentro de dos corrientes. Nunca pescamos uno, pero sí vimos cómo los viajes de los pescadores tradicionales a ese sitio se hicieron más frecuentes, así como las fiestas en el pueblo y la transformación de las casas: pasaron de construcciones sencillas de madera a palacetes de ladrillo estucado y colores pasteles, con arcos y columnas estriadas.

En vez de pescar peces, los locales pescaban pacas de cocaína que los traficantes arrojaban al mar cuando iban a ser atrapados, o que salían a flote de avionetas derribadas y hundidas en el mar, de lanchas rápidas impactadas o de semisumergibles artesanales que sucumbían a las fuerzas del océano.

En la actualidad existe en Bahía Solano un número único para reportar a los interesados el hallazgo de pacas perdidas, la pesca blanca.

El enemigo número uno de las pacas a la deriva es el agua de mar. Los traficantes gringos les enseñaron a los colombianos a empacarlas cuando se vieron en la necesidad de arrojarlas desde avionetas, cerca de Bahamas, para recogerlas y esconderlas en botes que atracaban en Miami. Así, podían aterrizar libres de sospecha.

Los dos primeros lanzamientos aéreos fueron un fiasco: la envoltura de cada kilo era floja y descuidada. Después del tercero, las pacas soportaron las caídas al agua salada gracias al método inventado por Mickey Munday y Jon Roberts, los originales *cocaine cowboys*. Esta técnica de embalaje la vemos en las miles de incautaciones de fardos de coca que la policía muestra con orgullo, a manera de triunfo contra las drogas, pero que, a fuerza de repetirse, hablan de su rotundo fracaso.

Internet es, en muchas maneras, como el océano, y como él, tiene varios mares: la Web Transparente, que es accesible a cualquier usuario con una conexión a internet; la Web Profunda, que alberga las páginas y archivos para el público en general pero que requieren de claves y permisos para llegar a ellos. Dentro de esta última se encuentra la Web Oscura, que es donde se gestiona el tráfico ilegal de armas y drogas, lejos de la mirada de la DEA y sus secuaces. Las transacciones se realizan con criptomonedas como el *bitcoin*, que no depende de los bancos centrales, sino que está descentralizado en la “cadena de bloques”, o *blockchain*, una especie de libro de contabilidad que registra todos los movimientos que se hacen con criptomonedas y que no está en un servidor en Estados Unidos o Rusia, sino repartido en millones de computadores alrededor del mundo que son de propiedad de los mismos usuarios e inversores. Al no ser una actividad regulada por los gobiernos, es ideal para las transacciones ilegales.

Existen otras criptomonedas, como el *ether* —éter, en español, un nombre como el de uno de los ingredientes de la base de coca—, de la red Ethereum, muy popular porque permite ejecutar “contratos inteligentes” para hacer transacciones. Esto hace posible la creación de los NFT, *Non Fungible Tokens* (piezas no fungibles), activos no canjeables por otros iguales, como una pintura específica de Fernando Botero o de cualquier otro artista. En contraposición, un token fungible se puede intercambiar, como el dinero: un billete de mil pesos equivale a dos monedas de quinientos, por ejemplo.

Los archivos digitales se pueden copiar miles de veces sin perder ninguna característica. Por eso, las plataformas de intercambio de los NFT surgen como la manera de certificar su propiedad, aunque cualquiera pueda verlos o tenerlos en su computador. La diferencia entre un coleccionista de NFT y uno de arte tradicional es que el primero no tiene la obra para su disfrute egoísta, sino que su nombre queda inscrito en el *blockchain*, a través de un contrato inteligente, como propietario. Es, en resumen, la fetichización de la propiedad de un activo, inscrita y descentralizada en cadenas de bloques, ligada a la imagen que la representa a través de metadatos.

OpenSea, “mar abierto” en español, es una de las plataformas que permiten crear, vender y comprar NFT. En junio de este año, acababa de terminar un proyecto gigantesco: en cerca de seis meses dibujé 503 retratos de los alias que aparecieron en el periódico *El Tiempo* durante 2020 —el proyecto fue expuesto en la galería Steve Turner, en Los Ángeles, California, en julio pasado—. Estaba agotado, pero por cuestiones del azar conocí a un experto en criptomonedas y NFT y varios pedazos de mi historia personal encontraron sentido en mi cabeza: mi niñez en Bahía Solano, mi interés en demostrar la estupidez de la guerra contra las drogas, la especulación en el mundo del arte, entre otros. Después de meses de no dormir y dibujar más de quince horas al día, edité en mi computador una paca blanca de cocaína, la multipliqué por mil y me puse a escribir el número de serie de cada una: 1/1000, 2/1000, 3/1000, hasta la 1000/1000. Me sentí como un obrero más de un laboratorio perdido en la selva, prensando las pacas de coca, forrándolas en plástico como los vaqueros de la cocaína, pero no iba a lanzarlas al mar desde una avioneta, ni tenía a la Armada Nacional pisándome los talones, ni estaba en una choza llena de mosquitos con olor a éter: estaba en mi estudio, en un clima fresco, lanzando al “mar abierto”, a OpenSea.io, la primera tonelada de “cocaína” en la historia que se puede comprar de manera legal, con un contrato amparado en el *blockchain*, sin intermediarios ni problemas legales. Un mundo ideal, un mundo feliz, sin guerra contra las drogas, sin balas perdidas ni candidatos políticos financiados por dineros oscuros. El proyecto se llama *a ToN oF coke* (una tonelada de cocaína).

Los NFT suelen ser coloridos y atractivos, paisajes futuristas o ilustraciones dignas de un cómic. Los míos, en cambio, son monocromáticos, repetidos, aburridos. Su única diferenciación es el número de serie. La tipografía que escogí para marcar mi cargamento fue Stencil, porque es usual que los traquetes marquen cada una de sus pacas con una plantilla y pintura en espray. Esta tipografía también es utilizada en el material bélico, muy a tono con la guerra contra las drogas.

El número de serie, además de diferenciarlas, también les dicta su precio: la paca 1/1000 vale 0.001 ETH, la

10/1000 vale 0.01 ETH, la 100/1000 vale 0.1 ETH y la 1000/1000 vale 1 ETH. Esta estrategia de precios genera *momentum*, es decir, los primeros compran más barato —¿cuántos de nosotros no nos arrepentimos de no haber comprado *bitcoins* hace una década? ¿O las obras de un artista famoso cuando era un desconocido?—, los últimos, más caro. El precio de la paca 1000/1000, la final de la serie, se iguala al de un kilo de cocaína real en Colombia, antes de ser embarcado al mar abierto —el mar abierto de verdad—.

La primera paca, la 1/1000, se vendió el 16 de junio por 0.001 ETH. Ese día, el ETH se movió entre 2.312,30 y 2.457,18 dólares, es decir, se vendió por cerca de los 2.4 dólares. El comprador fue Brandon Zemp, el experto en criptomonedas que me mostró este mundo y que es, además, autor del libro *The Satoshi Sequence: a manifesto on blockchain technology*, y anfitrión del podcast *BlockHash: exploring the blockchain*, en el que le dedicó un episodio al proyecto. En los próximos meses *Forbes* publicará su nuevo libro sobre el criptomundo y uno de los capítulos será dedicado a los NFT, en el cual analizará el “narcocaso” de *a ToN oF coke*.



EXPOARTESANO 2021
LA MEMORIA

Un reencuentro con nuestro legado

DEL 24 DE SEPTIEMBRE AL 03 DE OCTUBRE



ORGANIZAN



ALIADO



Alcaldía de Medellín



Canaguar

Revista de cine colombiano

Una publicación de cinéfagos.net

canaguaro.cinefagos.net

- En tiempos de incertidumbre -

#EIPoder DeLaCultura



16 instituciones antioqueñas nos unimos para imaginarnos mejor, con la mirada amplia y generosa que nos ofrece la cultura.

Entre marzo y agosto de 2021 hemos realizado 133 eventos y nuestra agenda continúa para encontrarnos:

- Canto, danza, teatro, ciencia, conversaciones, exposiciones, tradición oral, aprendizajes para la vida -

Conócela en WWW.COMFAMA.COM

Corporación Ballet Metropolitano, Corporación Fernando González - Otraparte, Corporación Nuestra Gente, Corporación Común y Corriente, Corporación Universo Centro, Crew Peligrosos, Museo de Antioquia, Museo de Arte Moderno de Medellín - MAMM, Museo Maja de Jericó, Museo Pedro Nel Gómez, Orquesta Filarmónica de Medellín - Filarmed, Parque Explora, Teatro Metropolitano, Teatro Pablo Tobón Uribe, Balcón de los artistas, Comfama.

Imaginar el futuro
#EIPoderDeLaCultura
Una alianza

comfama

VIGILADO SuperSubsidio